

LENIN Y LA MILITARIZACIÓN DEL MARXISMO

Anibal Romero

(1983)

1

En su libro **El discurso de la guerra**, André Glucksmann cita las frases de un comentarista alemán según el cual Lenin ha sido: "el primer hombre de Estado que ha puesto en práctica, en el campo de la acción política, el pensamiento de Clausewitz".¹ Esta afirmación es sólo parcialmente cierta. Como político revolucionario interesado básicamente en el problema de la toma del poder, Lenin extrajo importantes lecciones técnicas de la obra de Clausewitz en los dominios de la estrategia y la táctica, consideradas como métodos de acción en situaciones de conflicto. Sin embargo, hay profundas diferencias entre las concepciones de la política que sostuvieron Clausewitz y Lenin, y que les llevaron a adoptar posiciones radicalmente opuestas en tomo a la naturaleza misma de la guerra, la relación entre guerra y política, la idea del Estado y de la posibilidad de la paz. Ambos hombres actuaron en contextos históricos distintos, pero como trataré de mostrar en estas páginas, sus puntos de vista sobre los temas mencionados conservan gran vigencia en nuestros días. Esto se aplica particularmente en el campo del marxismo, que como filosofía de la historia y guía de una práctica revolucionaria contemporánea sigue sujeto a los vaivenes de un incesante debate teórico.

El aspecto clave que distingue a Lenin de Clausewitz, y cuya discusión servirá de hilo conductor en las argumentaciones de este ensayo, se refiere a la **idea de la guerra como continuación de la política por otros medios**. Para Clausewitz, la política es la "facultad inteligente" que establece los fines de la lucha; su concepción supone que la guerra es un medio y la paz —objetivo central de la política— un fin. La acción militar, la cuestión estratégica, debe por tanto estar subordinada a la idea de la paz que se quiere construir. Clausewitz entiende que la política tiene ciertamente como uno de sus recursos básicos la violencia, pero también es parte sustancial de la política el esfuerzo por dominarla, sujetar-la a límites, moderar los enfrentamientos y reducir esa violencia a su mínima expresión posible.² En cambio, la violencia pertenece a la esencia misma de la idea de guerra; Clausewitz en ningún momento confunde ambos conceptos: la política tiene una dimensión de violencia, lucha, coacción, pero es también intento de construir un orden de paz entre los hombres, de crear un orden de convivencia en el cual la violencia

¹ Werner Hehiweg, "**Lenin und Clausewitz**", citado por A. Glucksmann, **El discurso de la guerra** (Barcelona: Anagrama, 1969), p. 30.

² Sobre las ideas políticas de Clausewitz, véase A. Romero, "Idea de la política en Clausewitz", reproducido en este volumen.

y el uso de la fuerza se reduzcan y sometan a reglas. La guerra, por otra parte, significa necesariamente un acto de violencia; como medio, responde a propósitos que le vienen dados desde afuera. La política puede requerir la guerra, en ciertas circunstancias, pero ambas nociones no son asimilables, ya que "El éxito de la política no está en el triunfo mediante la fuerza —más bien éste es su fracaso— sino en la creación de una legitimidad y un consenso que hagan innecesario el uso de la coerción de la violencia".³

Hay, pues, en Clausewitz, una clara subordinación de lo militar a lo político, y además, una nítida separación entre las ideas de guerra y política. Clausewitz no piensa la política con las categorías de la guerra, y el punto de delimitación viene dado por la realidad de la violencia: según Clausewitz, la guerra, una vez comenzada, tiene una tendencia intrínseca a aumentar sus niveles de violencia; los éxitos, fracasos y fluctuaciones constantes del enfrentamiento bélico causan cambios en los objetivos políticos de los contrincantes, que de pronto lucen inadecuados, o se amplían, o parecen inalcanzables o equivocados. Usualmente, este proceso conduce a una ampliación de los objetivos, que se hacen más ambiciosos. A su vez, ese incremento en la ambición de los propósitos lleva a un aumento del esfuerzo bélico, o bien la necesidad de un mayor esfuerzo —para evitar la ruina o consolidar triunfos— produce también una ampliación de los objetivos. Así, medios y fines comienzan a influirse recíprocamente, en una relación inestable, dando origen a un proceso de "escalada" en el nivel de la violencia del cual tenemos numerosos ejemplos en nuestra época (Primera y Segunda Guerras Mundiales, Guerras de Argelia y Vietnam, etc.). Para Clausewitz, pues, la guerra tiende a acercarse a su "forma absoluta" en que la violencia, como medio, se desprende de los fines iniciales que le dieron origen, y la razón política pierde el control de los acontecimientos.⁴ Esta dinámica empeora con el paso del tiempo y la intensidad de la violencia en la guerra; la posibilidad de controlarla disminuye a medida que se amplían los objetivos y aumenta la escala de los esfuerzos bélicos.

Por todo lo anterior, Clausewitz sostiene que las guerras "de aniquilación", de fines ilimitados, que buscan destruir o dejar indefenso al adversario, agudizan al máximo la tendencia de la guerra a salir fuera de control y alcanzar una violencia extrema. Esta "guerra absoluta" cesa de ser un instrumento político y se convierte en algo irracional; de allí que la **limitación de los fines políticos** sea la más firme garantía de control sobre la violencia. En conclusión Clausewitz identifica el concepto de "razón política" — como elemento que guía y da su sentido a la guerra— con la limitación en los fines. En síntesis, la idea de política en Clausewitz, se fundamenta en el equilibrio entre lucha y orden, conflicto y paz, violencia y reconciliación de

³ G. Amagada, "Seguridad nacional y política", en **Seguridad nacional y bien común** (Santiago, Chile: Talleres Gráficos Corporación Limitada, 1976), p. 65.

⁴ Véase T.H. Etzold, "Reasons of State Versus Passions of War", U.S. Naval War College, (mimeografiado, s.f).

intereses. La guerra significa violencia, pero la política va más allá de la violencia, y el Estado no es meramente un aparato de coacción, sino también y esencialmente un instrumento crucial de la sociedad humana, capaz de crear y proteger las reglas de una convivencia que debe ser cada vez más armónica.⁵

Lenin, como Clausewitz, concebía la guerra como una manifestación de la política, pero también entendió la acción política como una forma de la guerra": "En la interpretación leninista del marxismo se habían ido gestando los elementos esenciales que habrían de ordenar una concepción militar de la política".⁶ Lenin estudió y comentó la obra de Clausewitz, y el aspecto que más le interesó fue el concerniente a la relación indisoluble entre guerra y política; de allí que destacase en varias ocasiones la relevancia del aforismo de Clausewitz según el cual: "la guerra es la continuación de la política por otros medios". Por ejemplo, en su ensayo "El Socialismo y la Guerra", Lenin escribió: "Este famoso aforismo fue expresado por uno de los más profundos tratadistas de los problemas de la guerra, Clausewitz. Los marxistas siempre han adoptado correctamente esta tesis como el fundamento teórico de los análisis relativos al significado de cada guerra".⁷ Sin embargo, la perspectiva leninista difiere hondamente de la visión de Clausewitz sobre el sentido de la relación guerra-política. Para Lenin, la política es lucha de clases, y ese conflicto se entiende como guerra de clases. La política reconoce aliados momentáneos, amigos y enemigos y, entre estos últimos, un enemigo absoluto: la burguesía, el Estado burgués, sus aparatos represivos e ideológicos y todo su sistema económico. El proletariado y la burguesía son enemigos irreconciliables enfrascados en una guerra total; esa confrontación se desarrolla, de acuerdo con las circunstancias, de diversas maneras, y la estrategia y táctica militares, con su capacidad de ajustarse a los cambios en la correlación de fuerzas, son útiles como instrumentos de acción en el proceso.

Mas los objetivos políticos del proletariado en este enfrentamiento son ilimitados: la construcción de una nueva sociedad, del socialismo, tiene que pasar por la destrucción hasta sus cimientos de la sociedad burguesa.

Debe quedar claro entonces que para Lenin la fórmula de que "la guerra es la continuación de la política por otros medios", adquiere una connotación distinta a la que tiene en Clausewitz. De acuerdo con este último, la guerra es el factor subordinado, "la política es la facultad inteligente, la guerra es sólo el instrumento y no a la inversa".⁸ No obstante, esta fórmula puede ser

⁵ Sobre el concepto clausewitziano del Estado, véase P. Paret, **Clausewitz and the State** (Oxford: Oxford University Press, 1976), pp. 147-221.

⁶ G. Amagada, **ob. cit.**, p. 37.

⁷ VI. Lenin, **Lenin on War and Peace: Three Articles**, (Peking: Foreign Languages Press, 1966), p. 11.

⁸ C. Von Clausewitz, **On War** (Harmondsworth : Penguin Books, 1968) p. 405

transformada, y el énfasis recaer en la guerra como punto culminante de la política; en este caso, la política es entendida como preparación para la guerra, la cual pierde su carácter subordinado y se convierte en el punto final, inevitable y decisivo del enfrentamiento político.

Para Clausewitz, la política no requiere necesariamente la guerra; para Lenin, la política es guerra de clases, el Estado es exclusivamente un instrumento de opresión, y el triunfo del proletariado – que solo puede provenir de un acto de fuerza, de violencia extrema- debe llevar a la eliminación del Estado y, eventualmente, a la desaparición misma de la política. En la guerra de clases, que es una guerra absoluta, cuyos fines no pueden ni deben (sino tan solo por razones tácticas limitarse, la burguesía no cede el poder por parcelas, y debe ser barrida de la historia; por tanto, en esa confrontación total, la guerra es la continuación **necesaria** de la política. Como lo expresa Lenin en su obra **El estado y la revolución**, “si el Estado es un producto del carácter irreconciliable de la contradicción de clase, su es una fuerza que está por encima de la sociedad, y que **se divorcia más y más de la sociedad**, resulta claro que la liberación de la clase oprimida es imposible, no sólo sin una revolución violenta, **sino también sin la destrucción** del aparato del poder estatal que ha sido creado por la clase dominante y en el que toma cuerpo aquel divorcio" (Subrayado en el original).⁹ En la nueva sociedad no habrá lucha de clases, y por lo tanto no habrá política, pues se habrá alcanzado un orden de perfección humana en el cual (en palabras de Engels que con aprobación cita Lenin): "El gobierno sobre las personas será sustituido por la administración de las cosas y por la dirección de los procesos de producción".¹⁰

Con Lenin, se produce un cambio de acento en el marxismo: la política es pensada, de manera abierta y sin ambigüedades, con las categorías de la guerra. La nítida distinción conceptual establecida por Clausewitz entre las nociones de guerra y política, con base en la presencia determinante de la violencia dentro del acto bélico y al control de esa dimensión de fuerza en la política, se pierde en Lenin, quien asume la guerra, en su forma absoluta, como continuación necesaria de la lucha de clases. De tal forma que no es del todo acertado afirmar que como hombre de Estado, Lenin fue "el primero en poner en práctica el pensamiento de Clausewitz". Sin duda, Lenin asimiló aspectos de ese pensamiento en lo referente a la estrategia y la táctica militares como palancas de la acción política; en distintos períodos de su vida, Lenin encontró en las teorías militares ayudas valiosas, que le permitieron hacer operativos proyectos políticos que previamente carecían de organicidad, coherencia práctica y eficacia para transformar la realidad. De hecho, como mostraré

⁹ VI. Lenin, **Obras escogidas** (Moscú: Editorial Progreso, 1969), p. 276.

¹⁰ **Ibid** ,p. 283.

luego, la disciplina y estructura de la organización militar fueron puntos de referencia decisivos en la elaboración de su teoría del partido revolucionario y de la acción política en las condiciones de la Rusia de su tiempo: "La conducción de la guerra... le daría la matriz con qué analizar y resolver la acción política, partiendo desde luego por la propia definición de la situación

revolucionaria, que a contar de Lenin es considerada en términos de situación militar".¹¹ No obstante, Lenin no adoptó los aspectos filosóficos de la obra clausewitziana; sus diferencias con el autor prusiano son profundas, y es importante determinarlas para precisar tanto la magnitud del "giro" del marxismo en manos de Lenin, como para aclarar problemas básicos de la visión marxista de la política y las relaciones internacionales.

2

El "giro" impuesto por Lenin al pensamiento marxista —que, en el fondo, consistió en acentuar al máximo algunos rasgos ya presentes en las obras de Marx y Engels— tiene dos aspectos estrechamente relacionados entre sí. Por una parte, a diferencia de sus predecesores, que habían considerado que la revolución maduraría en el seno del capitalismo, Lenin insiste en el elemento voluntarista de la acción política dirigida en forma consciente hacia la toma del poder, de acuerdo con una correlación de fuerzas que sea en cierto momento favorable. En otras palabras, si bien Lenin tiene claro que deben existir condiciones objetivas para que la revolución sea exitosa, enfatiza la posibilidad de crear, hasta cierto punto en forma deliberada, esas condiciones. El propio concepto de "condiciones objetivas" se amplía, más allá de lo que Marx y Engels hubiesen previsto, y ya la revolución no tiene que limitarse a los países capitalistas avanzados sino que puede golpear eslabones más débiles de la cadena imperialista. El problema central es entonces aprovechar una coyuntura favorable para la toma del poder político, y la posibilidad de lograrlo depende de la existencia de una fuerza capaz de llevar a cabo esta tarea, que es, de hecho, la de realizar con éxito una insurrección armada. Aquí interviene el segundo aspecto del "giro" teórico leninista: la teoría del partido. Como lo expresó Gramsci años después de la muerte de Lenin.

El elemento decisivo en toda situación es la fuerza permanentemente organizada y por largo tiempo preparada, que puede ser puesta sobre el terreno cuando se juzga que la situación es favorable (y puede ser favorable precisamente en la medida en que esa fuerza exista y esté llena de espíritu de combate). Por ello la tarea esencial es asegurar sistemática y pacientemente que esa fuerza es formada y desarrollada de manera cada vez más homogénea, compacta y auto-consciente.¹²

¹¹. Arriagada, *ob. cit.*, p. 37.

¹² Antonio Gramsci, *Prison Notebooks* (Selections) (London: Lawrence & Wishart, 1973), p. 185.

Esa fuerza de que hablaba Gramsci es el partido revolucionario leninista, pieza clave de su estrategia para la conquista del poder. La teoría del partido de Lenin se desprende de la convicción de que, si se quiere ganar la batalla contra el Estado capitalista, es indispensable contar con un aparato de acción, bajo comando centralizado, capaz de tomar por asalto esa gran fortaleza,

también centralizada, que es el Estado burgués. En este sentido, hay que tener muy claro que la teoría del partido en Lenin implica un rechazo radical a toda perspectiva reformista: según Lenin, es iluso creer que el poder centralizado del Estado capitalista puede ser desmantelado por piezas, como por ejemplo podría bajarse, ladrillo por ladrillo, una pared. Es decir, la militarización del marxismo por parte de Lenin no significó solamente un cambio de énfasis, en cuanto a quién corresponden las tareas de la revolución, desde la masa del proletariado hacia una organización especial, dirigida a la insurrección, sino también el rechazo definitivo de una política reformista. Tuvieron que pasar muchas décadas para que movimientos políticos de inspiración marxista en el mundo, como los Partidos Comunistas de Francia e Italia, en los años 70 y 80 de este siglo, rompiesen, al menos parcialmente, con la tesis de Lenin y se amoldasen al reformismo. Si la revolución, plantea Lenin, significa ante todo la toma del poder político, si el Estado capitalista no puede derribarse por etapas sino que su captura exige un golpe decisivo y violento, entonces el reformismo es una estrategia equivocada que sólo puede conducir al fracaso.

Marx y Engels también conocían **De la guerra**, de Clausewitz. El segundo, en particular, tuvo siempre gran interés en los temas militares, y dejó numerosos escritos que dan testimonio de su preocupación sobre las causas e impacto del hecho bélico en la sociedad, así como de sus vastos conocimientos de la historia y el arte militar de su tiempo. No obstante, a pesar de ese interés en torno al tema de la guerra, Engels no llegó a adoptar un enfoque militarista de la política. Afirmaba, al igual que Marx, que la sociedad socialista no surgiría sin convulsiones, y tomaba en cuenta la realidad de la violencia. De allí que sus estudios militares se dirigieran, por un lado, a analizar las condiciones para una insurrección exitosa, y por otro lado, a investigar la probable evolución de las organizaciones armadas en la sociedad burguesa, sometidas a cambios en su composición social, y a transformaciones políticas y tecnológicas. Sobre ambos aspectos, como correctamente afirmaba Arriagada, "la posición de Engels fue variando de modo que hacia el final de su vida sus escritos dan menos fundamento a la ortodoxia revolucionaria y mucho más a las tesis evolucionistas (reformistas, A.R.), que algunos años después plantearían Bernstein y Kautsky".¹³

Respecto a los cambios experimentados por los ejércitos de la burguesía, Engels concluyó que la conscripción militar obligatoria que "masificaba" las fuerzas armadas y remodelaba su composición social significaba el triunfo de la democracia, que acabaría con el carácter

¹³. Arriagada, *ob. cit.*, p. 34.

reaccionario que tradicionalmente había tenido la institución militar. De acuerdo con Engels, estos cambios llevarían a que "Para el año 1900, el ejército, que llegó a ser el más prusiano y el elemento más reaccionario del país, será socialista en su mayoría y en forma tan ineludible como lo es el destino".¹⁴ Esta situación aumentaría entonces el caudal de votantes que llevaría

representantes socialistas al Parlamento, acrecentando igualmente las posibilidades de cambios no violentos.

En cuanto al impacto de las transformaciones tecnológicas en los instrumentos de violencia sobre la sociedad de su tiempo, Engels arribó a conclusiones que más tarde incomodarían a Lenin, y que reforzaban la tendencia de Engels en las etapas finales de su vida a valorizar los medios políticos y constitucionales (reformistas), en lugar de la insurrección violenta, para alcanzar el socialismo. En vista de las nuevas condiciones impuestas por la tecnología militar —reflexionaba Engels hacia 1895 las posibilidades de que una insurrección de obreros mal armados enfrentados al ejército profesional, tuviese éxito, eran nulas. Como escribió en su "Introducción" de ese año al libro de Marx **Las luchas de clases en Francia:**

No hay que hacerse ilusiones: una victoria efectiva de la insurrección en la lucha de calles, una victoria como en el combate entre dos ejércitos, es una de las mayores rarezas... hasta en la época clásica de la lucha de calles, la barricada tenía más eficacia moral que material... Por lo demás, las posibilidades eran ya en 1849 bastantes escasas. La burguesía se había colocado en todas partes al lado de los gobiernos, la "cultura y la propiedad" saludaban y obsequiaban a las tropas enviadas contra las insurrecciones. La barricada había perdido su encanto; el soldado ya no veía detrás de ella al "pueblo", sino a rebeldes agitadores, a saqueadores... Además, desde entonces, han cambiado muchísimas cosas, y todas a favor de las tropas... En cambio, del lado de los insurrectos todas las cosas han empeorado. Una insurrección con la que simpaticen todas las capas del pueblo se da ya difícilmente; en la lucha de clases, probablemente ya nunca se agruparán las capas medias en torno al proletariado de un modo tan exclusivo, que el partido de la reacción que se congrega en torno a la burguesía constituya, en comparación con aquéllas, una minoría insignificante. El "pueblo" aparecerá, pues, siempre dividido... La época de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes, ha pasado.¹⁵

No cabe exagerar la importancia de las ideas contenidas en esta larga cita. (Años más tarde, en 1973, el Presidente Salvador Allende de Chile, enfrentado a los que dentro de la Unidad Popular clamaban por acciones

¹⁴ Citado por Arriagada, *Ibid.*, p. 35.

¹⁵ C. Marx y F. Engels, **Obras escogidas**, Tomo I (Moscú, Editorial Progreso 1973), pp 201-204

armadas contra los militares insurrectos, se preguntaba: "¿Cuántos obreros se necesitan para detener un tanque?"). En ese mismo escrito, que presenta un balance desolador de las posibilidades de realizar una insurrección exitosa en las nuevas condiciones existentes en sociedades capitalistas avanzadas, Engels resalta las alternativas que paulatinamente se abrían paso para la clase

obrero, en particular el sufragio universal y los métodos de lucha parlamentaria: "La ironía de la historia universal lo pone todo patas arriba. Nosotros, los 'revolucionarios', los 'elementos subversivos', prosperamos mucho más con los medios legales que con los ilegales y la subversión. Los partidos del orden, como ellos se llaman, se van a pique con la legalidad creada por ellos mismos... Y si nosotros no somos tan locos que nos dejemos arrastrar al combate callejero, para darles gusto, a la postre no tendrán más camino que romper ellos mismos esta legalidad tan fatal para ellos".¹⁶

¿Qué pasaría entonces?, ¿se realizaría una insurrección obrera?, ¿podría resultar victoriosa?, ¿se abriría un período de guerra civil en condiciones favorables al proletariado? Engels no dio respuesta a estas preguntas, pero al menos planteó con claridad un debate que recibe, con Lenin, un nuevo y decisivo viraje a favor de las tácticas insurreccionales.

La historia ha mostrado que Engels sólo acertó a medias en sus predicciones. La conscripción militar obligatoria y generalizada no democratizó al ejército prusiano; no obstante, ese proceso de popularización de las fuerzas armadas europeas posiblemente sí influyó —aunque en forma más lenta de lo previsto por Engels— en la radicalización política de amplios sectores de tropas, que en Rusia en 1917 y en Alemania en 1918 se pasaron al lado de la revolución. En lo que respecta al pesimismo en cuanto a las perspectivas de la insurrección callejera en los países capitalistas avanzados, y la "obsolescencia de las barricadas", no hay duda de que Engels tenía razón: nada pueden hacer los obreros y sus organizaciones contra tropas bien armadas y unidas; su única posibilidad se deriva de la desintegración, desde dentro, del ejército de la burguesía —como ocurrió en Rusia durante la revolución bolchevique. Ahora bien, en lo que toca al ángulo de aproximación teórica de Engels hacia estos problemas, su primera "profecía" era el resultado de un análisis sociológico de la nueva composición de los ejércitos, del cual desprendía conclusiones políticas que fueron válidas sólo hasta cierto punto. Por otra parte, respecto a la pérdida de eficacia de la acción callejera directa y los levantamientos populares, Engels estudió los efectos de la técnica y la economía en el aumento del poder de fuego de los ejércitos, extrayendo de allí conclusiones con alto grado de validez. En ambos casos, para fundamentar su primera y segunda "profecías", Engels no militarizó las categorías marxistas en el análisis político. Este viraje lo realizó Lenin.

Para comprender con mayor claridad, y ubicar más precisamente la posición de Lenin, y también apreciar todas sus consecuencias, hay que tener

¹⁶ *Ibid.*, p.206

en cuenta que las tesis de Marx y Engels surgieron en un período histórico (mediados del siglo XIX), en el cual el nivel de desarrollo de las sociedades más avanzadas no ofrecía a la clase obrera mejor camino hacia el poder que el insurreccional. Esta vía de acceso al poder presupone de manera complementaria la ausencia de libertades públicas efectivas y de prácticas

democráticas generalizadas entre las grandes masas, poca participación política y carencia de instituciones que sean resultado de la voluntad consciente y organizada de la ciudadanía. En tales circunstancias puede concebirse que una minoría resuelta arrebatase el poder a otra minoría, frente a la pasividad del resto de la sociedad. En su texto de 1895, ya mencionado, Engels reconocía que ésta era la concepción teórica que fundamentaba sus prescripciones tácticas —y las de Marx— a mitad del siglo, cuando el movimiento obrero estaba débilmente organizado y desprovisto de experiencia política

El método de lucha —escribe Engels— de 1848 (insurrección de una minoría) está hoy anticuado en todos sus aspectos... Hasta aquella fecha todas las revoluciones se habían reducido a la sustitución de una determinada dominación de clase por otra... Pero, prescindiendo del contenido concreto de cada caso, la forma común a todas estas revoluciones era la de ser revoluciones minoritarias. Aun cuando la mayoría cooperase con ellas, lo hacía —consciente o inconscientemente— al servicio de una minoría; pero esto, o simplemente la actitud pasiva, la no resistencia por parte de la mayoría, daba al grupo minoritario la apariencia de ser el representante de todo el pueblo.¹⁷

Dadas las circunstancias imperantes hacia 1848, resulta comprensible que en el **Manifiesto Comunista**, Marx y Engels no hayan mencionado la posibilidad de una vía hacia el poder distinta a la insurrección violenta y la guerra civil. Sólo alrededor de 1878, luego de estudiar la realidad socioeconómica inglesa y de conocer la experiencia y fortaleza de su movimiento obrero, Marx llegó a contemplar la posibilidad de que en algunos países (Inglaterra, Estados Unidos, Holanda) se abandonase la insurrección como vía hacia el poder, y se luchase más bien por la ampliación de la democracia y la conquista del Parlamento a través del voto. Esta vía político-electoral no implicaba que el movimiento obrero tuviese que negar y destruir totalmente el aparato del Estado burgués como condición **previa** a la revolución socialista; el sufragio sería así transformado "del instrumento de fraude que ha sido hasta ahora, en un instrumento de emancipación".¹⁸ En un discurso pronunciado en Amsterdam en 1872, Marx afirmó lo siguiente: "Sabemos que es necesario tomar en cuenta las instituciones, costumbres y tradiciones de los diversos países; y no negamos

¹⁷ *Ibid.*, pp. 194-195

¹⁸ Karl Marx, **Political Writings**, Vol. 3 (Harmondsworth: Penguin, 1974), p. 270.

que existen países como Estados Unidos, Inglaterra y, si fuese familiar con sus instituciones tal vez podría incluir a Holanda, donde los trabajadores pueden obtener sus metas por medios pacíficos".¹⁹ Para Marx, la condición básica que posibilitaba una transición no-violenta al socialismo era la ausencia de un fuerte aparato burocrático-militar en el Estado burgués. Alrededor de 1870, Inglaterra y Estados Unidos se presentaban a sus ojos como dos países en los cuales no existía un aparato de este tipo, de esta forma el paso al socialismo podía tener lugar sin la destrucción violenta, insurreccional, del Estado. Así, la guerra de

clases se vería reducida en intensidad, y la revolución sería el resultado no de un acto de fuerza sino de una acumulación paulatina de transformaciones.

No es fácil, a mi modo de ver, extraer conclusiones claras de lo dicho por Marx y Engels en torno al tema de la "vía pacífica", no-insurreccional, al socialismo. De un lado, para Engels, el fortalecimiento del Estado burgués obligaba a la clase obrera a escoger un camino parlamentario; de otro lado, para Marx, era la debilidad de ese Estado en algunos países lo que hacía posible tomar esa alternativa no-violenta. ¿Dónde quedaba en todo esto la idea de dictadura del proletariado? ¿qué significaban estas apreciaciones para la idea de democracia y su relación con el socialismo? Marx y Engels dejaron la discusión a medio camino; las dificultades de ambos autores para formular prescripciones tácticas definidas, derivaban en buena parte de las rápidas transformaciones que experimentaba la sociedad capitalista de su tiempo. La teoría no encontraba su punto de unión con una práctica concreta que llevase al movimiento obrero al poder. Correspondió a Lenin llevar a cabo esta tarea, con decisivas consecuencias para el marxismo.

Hacia 1917, en un análisis hecho en vísperas de la revolución bolchevique, Lenin sostuvo que las observaciones de Marx sobre la vía pacífica de la clase obrera hacia el poder, de un camino legal que no presupone la destrucción del Estado burgués, la insurrección y la guerra civil, habían perdido toda vigencia:

Esto era lógico en 1871, cuando Inglaterra era todavía un modelo de país netamente capitalista, pero sin casta militar y, en una medida considerable, sin burocracia. Por eso, Marx excluía a Inglaterra donde la revolución, e incluso una revolución popular, se consideraba y era entonces posible sin la condición previa de destruir la "máquina estatal existente"... Hoy, en 1917, en la época de la primera gran guerra imperialista, esta limitación hecha por Marx no tiene razón de ser... Hoy, también en Inglaterra y en Norteamérica es "condición previa de toda verdadera revolución popular el **romper**, el **destruir** la máquina estatal existente"²⁰ (Destacado en el original).

La revisión hecha por Lenin de las tesis de Marx sobre la "vía pacífica" en los regímenes parlamentarios, con amplia participación popular y libertades

¹⁹ *Ibid*, p. 324.

²⁰ VI. Lenin, **Obras Escogidas**, ed. cit. p. 300

públicas, revisión que fue aparentemente "corroborada" por el triunfo bolchevique en 1917, tuvo hondas consecuencias para el marxismo tanto en la teoría como en la práctica. A partir de entonces, y gracias, sobre todo, a la influencia del pensamiento de Lenin y su posterior dogmatización a manos de Stalin, el debate sobre las vías hacia el poder y el proceso de transición al socialismo se definió en términos absolutamente antagónicos: la guerra total contra la burguesía exige un partido centralizado, y una confrontación violenta que instaure la dictadura del proletariado, destruyendo a su paso el Estado burgués como condición previa al socialismo. La idea de una vía político-institucional a través del uso del sufragio y el Parlamento, de las alianzas de

clase y de la transición por medio de reformas no tienen cabida dentro de una praxis dirigida a la insurrección y la guerra civil. El reformismo dentro de la institucionalidad burguesa jamás puede abrir el paso al socialismo. Como lo plantea Joan Garcés en su brillante discusión de este problema:

Durante tres generaciones, una parte considerable de militantes y dirigentes revolucionarios en los países industrializados han heredado, y reproducido, una praxis (de origen leninista, A.R.) que prácticamente ignora las especificidades del camino hacia el poder en países con un movimiento obrero de masas organizado legalmente dentro de estados democráticos. Chile es el más reciente de una larga cadena de episodios trágicos que, de una u otra manera, se han visto favorecidos por semejante confusión de tácticas.²¹

3

¿Cuál fue la contribución de Lenin a la táctica revolucionaria, cuáles son sus fundamentos, y a qué se debe su extraordinaria influencia?

En su defensa de la concepción vanguardista y centralizada del partido político realizada principalmente en su libro . **¿Que hacer?** de 1902—Lenin insistió en que el tipo de estructura que proponía era la única que podía adoptarse en las condiciones vigentes para la época en Rusia. La naturaleza autocrática del Estado zarista impedía la constitución de partidos socialistas, o aun democráticos, basados en modelos "occidentales", pues la represión de inmediato obligaba a los revolucionarios a asumir una vida semiclandestina, al secreto y los canales conspirativos. En tales condiciones grupos revolucionarios aislados actuando como "aficionados" eran fácil presa de la policía zarista. Lo que se necesitaba era formar un partido compuesto de

²¹ Joan E. Garcés, **Allende y la experiencia chilena** (Barcelona: Editorial Ariel, 1976)p.38.

revolucionarios profesionales “ la organización de los revolucionarios —escribió Lenin- debe englobar ante todo y sobre todo a gentes cuya profesión sea la actividad revolucionaria”.²² Toda la argumentación de Lenin descansaba en su convicción de que - dado que el proletariado por si mismo, no podía alcanzar una conciencia política revolucionaria, y necesitaba que se le suministrase “ desde afuera”, se requería de un partido de revolucionarios profesionales, bajo un liderazgo centralizado, que actuase en nombre del proletariado como "punta de lanza" de la revolución. Los métodos de lucha variarían, y tendrían que determinarse empíricamente según las circunstancias; lo que permanecía fijo era el propósito revolucionario-insurreccional, ejecutado —con apoyo de las

masas— por un partido altamente organizado, disciplinado y dirigido por un comando supremo: "Por su **forma**, una organización revolucionaria de esa fuerza en un país autocrático puede llamarse también 'organización de conjuradores'... Hasta tal punto es el carácter conspirativo condición imprescindible de tal organización, que todas las demás condiciones (número de miembros, su selección, sus funciones, etc.) tienen que coordinarse con ella. Sería, por tanto, extrema candidez temer que nos acusaran... de querer crear una organización de conjuradores ".²³ Sólo una organización semejante aseguraría el grado de flexibilidad necesario para una acción eficaz, es decir, la capacidad de adaptarse a las más variadas y rápidamente cambiantes condiciones de lucha.

En esta obra clave, Lenin recurre constantemente a metáforas militares para reforzar sus argumentos: su organización debe "de un lado, rehuir las batallas en campo abierto, contra un enemigo que tiene superioridad aplastante de fuerzas, cuando éste concentra toda su fuerza en un punto, pero sabiendo, de otro lado, aprovecharse de la torpeza de movimientos de este enemigo y lanzarse sobre él en el sitio y en el momento en que menos espere ser atacado".²⁴ El partido se convierte, en palabras de Stalin, en el "Estado Mayor del proletariado"; por lo tanto, como encarnación concreta de la unidad de propósito de la clase revolucionaria, la unidad del partido es incompatible con la existencia de facciones y tendencias internas. El partido, según Lenin, sólo sería capaz de ejecutar sus tareas "si se organiza de la manera más centralizada, si una disciplina de hierro semejante a la disciplina militar prevalece, y si el comando central es un órgano poderoso y provisto de autoridad real, con amplios poderes y el respaldo universal de los miembros".²⁵ Es preciso aclarar que las características de la organización paramilitar propuesta por Lenin no se derivaban tan sólo de las condiciones políticas existentes en Rusia, que forzaban a los revolucionarios a hacer una lucha de tipo conspirativa, sino también de la naturaleza del objetivo que perseguía esa organización: llevar a cabo una insurrección violenta y capturar los centros vitales del aparato del Estado, para establecer una dictadura, destruir el

²² V.I.Lenin, **What is to be done?** (Peking: Foreign Languages Press 1973) p. 138

²³ **Ibid.**, p. 167.

²⁴ **Ibid.**, pp,216-217.

²⁵ Citado por J.V Stalin, **The Foundations of Leninism** (Peking: Foreign Languages Press, 1971), p. 114.

régimen burgués mediante un golpe decisivo y posteriormente avanzar al socialismo. En otras palabras, si bien Lenin enfatizaba que el partido de carácter conspiratorial que proponía hundía sus raíces en las condiciones de Rusia, su prescripción acerca de cuál debía ser la meta del movimiento revolucionario en general era clara: llevar a cabo una insurrección violenta, seguramente acompañada de una guerra civil, y destruir el Estado capitalista como paso inicial y básico hacia una nueva sociedad.

No es casual, por tanto, que —dado el elemento de violencia y confrontación armada que contiene la visión leninista de la revolución—, las categorías de análisis marxistas hayan experimentado un proceso de

militarización, proceso que se agudiza en Lenin en el período 1914-1917. En su folleto de 1924, **Los fundamentos del leninismo**, Stalin resumió los aportes de Lenin en el terreno de la teoría revolucionaria, entendida como táctica para la toma del poder político. El lenguaje mismo es revelador; Stalin habla de "ejércitos políticos del proletariado", "batallas revolucionarias", "reservas del proletariado" (estrategia) y "formas de lucha" (táctica), del "arsenal" teórico de la revolución, etc.²⁶ Las reglas del "arte de la insurrección" fueron sintetizadas por Lenin (parafraseando a Engels) en una carta de octubre de 1917 dirigida a los bolcheviques de Petrogrado.

- a) No jugar nunca con la insurrección, y, una vez comenzada, llevarla con firmeza hasta el final.
- b) Concentrar una gran superioridad de fuerzas en el punto decisivo y en el momento decisivo; de otra manera el enemigo, que tiene la ventaja de una mayor preparación y organización, destruirá a los insurgentes.
- c) Actuar con mayor determinación, y por todos los medios tomar la ofensiva.
- d) Tratar de tomar al enemigo por sorpresa y escoger el momento oportuno, cuando sus fuerzas estén dispersas.
- e) Intentar tener éxitos diariamente, no importa cuan pequeños sean, y retener a toda costa la superioridad moral.²⁷

Lenin, y sus muchos intérpretes marxistas, han insistido siempre que el partido de revolucionarios profesionales no es más que el "destacamento de avanzada" de la clase obrera, y en ningún caso un aparato destinado a actuar en forma totalmente autónoma. El filósofo marxista húngaro Georg Lukács, por ejemplo, sostiene que el "grupo de revolucionarios profesionales" leninista "no tiene por misión 'hacer' la revolución, o empujar a la masa pasiva a través de una acción audaz e independiente, colocando así a esa masa ante el hecho cumplido de una revolución. **La idea leninista de la organización presupone la realidad de la revolución, su actualidad**".²⁸ En el fondo, Lukács sólo está diciendo que para que el "grupo de revolucionarios

²⁶ *Ibid.*, pp. 82-100.

²⁷ Véase V.I. Lenin: "Advice of an Onlooker", en **Between the Two Revolutions** (Moscow: Progress Publishers, 1971), p. 475.

²⁸ George Lukács, **Lénine** (Paris: ED1, 1965), p. 49.

profesionales" pueda actuar con perspectivas de éxito, se requiere un mínimo de condiciones objetivas de descomposición o debilitamiento del régimen imperante que abran vías a esa acción. Siguen sin definirse, no obstante, los problemas de la relación de ese grupo con la clase obrera en general y con otros sectores sociales, las dificultades de generar la "democracia obrera" a partir de un partido político ultra-centralizado y, sobre todo, la cuestión básica de que, en última instancia, el aparato paramilitar sí puede —como ocurrió en Rusia en 1917— tomar el poder por asalto con gran independencia de las masas.

Ernest Mandel, por su parte, enfatiza que la idea leninista del partido no significa "una banda de conspiradores blanquistas sino un grupo de avanzada, orientado, como los jacobinos, hacia una lucha sin descanso y permanente para llevar a cabo las tareas revolucionarias; un grupo que no permite ser distraído de su concentración sobre esas tareas por los inevitables altibajos de la lucha de masas".²⁹ El "blanquismo" como es sabido, es un término acuñado a las tesis de Augusto Blanqui, revolucionario francés del siglo XIX, quien proponía la creación de grupos conspirativos altamente entrenados, para ampararse del poder estatal en un "golpe de mano" rápido y decisivo, preparado en secreto. Marx y Engels, reconociendo sus contribuciones a la lucha revolucionaria, criticaron sin embargo muy ásperamente las teorías de Blanqui, por no tomar en cuenta la importancia de la organización de masas. Y Lenin igualmente se esforzó por diferenciar sus tesis sobre el partido revolucionario de la posición "blanquista": la organización de revolucionarios profesionales, decía Lenin, no puede tomar el poder independientemente de las condiciones objetivas de deterioro social, agitación política, debilitamiento gubernamental, etc., imperantes en un momento dado.

En su **Historia de la revolución rusa**, Trotsky intentó aclarar el asunto:

De su constatación, por lo demás acertada, de que la incapacidad táctica condena la insurrección al fracaso, Blanqui deducía que la observación estricta de las reglas de la insurrección permitía, por sí sola, asegurar la victoria. Es a partir de allí que empiezan a oponerse blanquismo y marxismo. La conspiración no reemplaza la insurrección. La minoría activa del proletariado, por bien organizada que esté, no puede ampararse del poder independientemente de la situación general del país: en esto, pero sólo en esto, el blanquismo queda condenado por la historia. No obstante, otras tesis conservan todo su vigor: para la conquista del poder el proletariado no puede confiar en sus fuerzas elementales. Necesita una organización, un plan, y la conspiración. Era así como Lenin quería las cosas.³⁰

²⁹ E. Mandel, *The Leninist Theory of Organization* (London: 1MG Publications, 1975), p. 7.

³⁰ León Trotsky, *Historie de la révolution russe* (Vol. 2: octubre), (París, Editions duSeuil, 1950), pp. 544-545.

En su narración de los acontecimientos de octubre de 1917, Trotsky hace una observación vital: la guarnición de Petrogrado se dividió **antes** del inicio de la insurrección, **antes** de que comenzasen los encuentros armados. La mayoría del cuerpo de oficiales y algunas tropas se oponían a la revolución, pero una parte sustancial de soldados, se puso de su lado. La insurrección bolchevique no fue un levantamiento popular (aunque tuvo lugar al final de un período de intenso movimiento de masas en la capital); fue un golpe de estado, ejecutado con precisión y destreza por destacamentos especialmente entrenados. La historia, en un sentido, dio la razón a Lenin: para apoderarse del Estado moderno, obreros desarmados no sirven; hace falta una tropa de asalto y técnicos capaces de golpear con eficacia el "sistema nervioso" de esa maquinaria compleja y paralizarla.

Ahora bien, aun si se aceptan en sus propios términos las insistentes exigencias de Lenin y otros marxistas de "no mezclarles" con el blanquismo, hay que ir a fondo en cuanto a las implicaciones políticas de la teoría del partido leninista, su apoyo a la táctica insurreccional y su rechazo al reformismo. Como explica Garcés, la táctica insurreccional presupone la inevitabilidad de la guerra civil en el camino hacia el poder, está conectada a una concepción particular de las relaciones entre clases y sectores sociales, e implica además una organización política subordinada a, y derivada de, las dos condiciones anteriores. Al considerar que el destino del socialismo está en manos de una vanguardia proletarizada diferenciada, de un "destacamento de avanzada" que temprano o tarde tendrá que imponer su hegemonía sobre los otros sectores sociales (incluyendo las capas medias y, por supuesto la burguesía), el partido de la revolución es emplazado así en la posición minoritaria que es consustancial a la táctica insurreccional: "Si semejante ruptura y diferenciación se instrumenta a lo largo de las etapas de la lucha por el poder, sólo una insurrección victoriosa puede llevar al partido de la revolución a conquistarlo y, dada su condición minoritaria, para retenerlo **necesitará negar las libertades políticas** tanto a la clase antagónica burguesa como a los trabajadores que no acepten la política de la vanguardia. La hegemonía del proletariado así concebida sólo puede imponerse en un enfrentamiento armado...".³¹ Desde luego, un movimiento socialista que llega al poder por esta vía insurreccional **requiere** destruir previamente las instituciones políticas, jurídicas y militares del Estado preexistente, tanto si se trata de un régimen dictatorial como de un Estado (así llamado) democrático-burgués.

A pesar de que Lenin no perdió de vista que su teoría del partido tenía sus raíces en las condiciones de la Rusia de su tiempo, el triunfo de la insurrección bolchevique, las vituperaciones de Lenin contra el "reformismo", el "parlamentarismo", etc., y su defensa del centralismo y la dictadura del proletariado, sacó del debate de los partidos comunistas del mundo la opción táctica político-institucional (que reposa sobre fundamentos muy distintos a la

³¹ J. E. Garcés, *ob. cit.*, p. 40

táctica insurreccional). A partir de la Primera Guerra Mundial, socialistas Y comunistas se dividieron en función de ese problema táctico y la visión política que le sustentaba; y la teoría leninista del partido, diseñada para la lucha revolucionaria en la Rusia del Zar, se generalizó en todas partes. Así, la Internacional Comunista, en su reunión de 1920, cuando se establecieron nuevas condiciones de ingreso en la organización, decidió que "en casi todos los países de Europa y América la lucha de clases está entrando en la fase de la guerra civil"; en consecuencia, "bajo estas condiciones los comunistas no pueden tener confianza en la ley burguesa. En todas partes deben crear un aparato paralelo ilegal, que en el momento decisivo debe ayudar al partido a cumplir su deber para con la revolución".³² La línea paramilitar leninista se

había impuesto, y con ella, todo un proceso histórico que sólo comenzaría a revertirse con intensidad en los años 60, luego de la invasión soviética a Checoslovaquia.

4

Lenin era capaz de aceptar —entendidas como tácticas ocasionales dentro del flujo y reflujo de la lucha revolucionaria— el uso de instrumentos como el sufragio, el Parlamento, etc., e igualmente comprendía la importancia de compromisos políticos temporales, exentos de la deseable pureza revolucionaria, pero efectivos en aras de la promoción ulterior de sus objetivos vitales. No obstante, Lenin siempre atacó el concepto de que es posible hacer reformas dentro del capitalismo que permitan avanzar efectivamente hacia el socialismo; como ya hemos visto, Lenin exigía la destrucción del Estado burgués, de todas sus instituciones, como paso previo al socialismo. El radicalismo de Lenin tienen sin duda sus raíces en los clásicos del marxismo (Marx y Engels), pero en el líder bolchevique esa posición extrema se agudizó aún más, a consecuencia de los retos a que le enfrentó la época en que le tocó vivir. Me refiero en particular a la Primera Guerra Mundial y sus efectos sobre el movimiento obrero europeo y el pensamiento leninista.

Antes de analizar la respuesta que dio Lenin al gran desafío de la Guerra Mundial, interesa explicar someramente su actitud ante el problema general de la guerra entre estados y su relación con la lucha de clases.

Para Lenin, así como para Clausewitz, las guerras se diferenciaban unas de otras en razón de que las condiciones históricas en que se originan, sus causas, metas y resultados, difieren en distintos períodos. Las guerras también se diferencian de acuerdo con los métodos de lucha, con la tecnología militar utilizada, con su duración, con el número de batallas y campañas, etc. El aspecto sociopolítico de la guerra está estrechamente relacionado a sus características técnico-militares, y la teoría marxista enfatiza no sólo esta unidad sino también la influencia de la política en la transformación de la naturaleza de las guerras.

En el modelo leninista de las relaciones internacionales bajo el capitalismo, los estados no son actores políticos monolíticos que expresan la voluntad de la nación entera, ya que las divisiones y luchas de clases en cada país se reflejan en la esfera internacional: "La guerra —escribe Lenin— es la continuación de la política por otros medios. Todas las guerras son inseparables de los sistemas políticos que las engendran. La política que un Estado específico, que una determinada clase dentro de ese Estado, llevó a cabo por largo tiempo antes de la guerra, es inevitablemente continuada por

³² Citado por Garcés, *Ibid.*, p. 39.

esa misma clase durante la guerra, y sólo cambia en su forma de acción".³³ El conflicto de clases en cada país capitalista se refleja en el conflicto internacional entre estados capitalistas. Esta perspectiva diferencia de manera radical a Lenin de Clausewitz. Para Clausewitz, el **Estado** tiene intereses; para Lenin, las **clases sociales** tienen intereses, y la clase dominante usa el Estado para promover los suyos propios, que no son los de toda la nación. Sin embargo, dentro de este modelo sigue siendo posible identificar a los actores en un conflicto, y la guerra es concebida entonces por Lenin en términos instrumentales: las guerras son instigadas por las clases dominantes capitalistas a objeto de adquirir determinadas ventajas políticas y económicas, o bien para abrir válvulas de escape a las contradicciones inherentes a un sistema explotador y dilapidar así la energía de los sectores explotados.

Según la concepción tradicional representada por Clausewitz, las relaciones internacionales son conducidas por unidades políticas consideradas casi como individuos provistos de una voluntad uniforme. La estructura interna del Estado se asume como una entidad monolítica, y se entiende que la política exterior comienza donde termina la política interna. Más en una época revolucionaria y de grandes transformaciones como la presente, esta visión tradicional se queda corta como herramienta de análisis, ya que las diversas unidades que integran el sistema internacional tienen puntos de vista muy diferentes acerca de las reglas de juego, sobre lo que es justo o legítimo hacer; y estas divergencias, que son producto de la multiplicidad y variedad de las estructuras internas, producen a su vez conceptos muchas veces antagónicos acerca de lo que es permisible o posible, y de los métodos que son apropiados para conducir la vida internacional. En tal sentido no hay duda que la perspectiva leninista constituye un aporte significativo para la comprensión de los conflictos internacionales, aunque, como se verá, presenta también serias limitaciones.

Otra de las diferencias fundamentales entre las interpretaciones de Lenin y Clausewitz consiste en que, para el primero la guerra deja de ser un instrumento **racional** en manos del Estado capitalista. Ello se debe a que, según Lenin, en el capitalismo el estallido de una guerra deja de ser necesariamente el acto deliberado de una entidad claramente definida. Los estados pueden ser llevados a la guerra, es decir, existen fuerzas objetivas, de tipo social, económico y político que intervienen en el desarrollo de la lucha de clases y del conflicto entre estados. Estas fuerzas pueden, en determinadas circunstancias, producir eventos sobre los cuales los gobernantes tienen poco o ningún control. Por otra parte, las guerras pueden dar origen a resultados totalmente imprevistos y contrarios a los intereses de las clases que las promueven y hasta cierto punto,

³³ V.I. Lenin, **Between the Two Revolutions**, ob. cit., p. 195

conducen. Dicho de otra manera, en las nuevas condiciones históricas creadas por el capitalismo, las guerras pueden traer consecuencias "irracionales" desde el punto de vista de las clases dominantes y del orden capitalista como un todo. En este sentido, la Primera Guerra Mundial condujo a la disolución de tres imperios, y dio origen a estallidos revolucionarios en varios países de Europa, uno de los cuales, en Rusia, llevó al poder a un gobierno socialista revolucionario y a la eliminación de la clase hasta ese momento dominante. Estos sucesos escaparon por completo al control de los grupos que planificaron la guerra con objeto de utilizarla para lograr sus metas de poder, y afectaron gravemente sus intereses.

El análisis leninista de la guerra está compuesto por los siguientes aspectos básicos: a) El carácter de la guerra lo determina el régimen interno de cada país: "...el carácter de la guerra y su éxito dependen, sobre todo, del régimen interior del país que entra en ella ...la guerra es el reflejo de la política interior de ese país antes de ella. Todo esto se refleja, inevitablemente, en cómo se hace la guerra";³⁴ b) La existencia del capitalismo hace inevitable la guerra: "Bajo el capitalismo, para restablecer de cuando en cuando el equilibrio alterado, no hay otro medio posible más que la crisis en la industria y las guerras en la política";³⁵ c) La guerra desaparecerá con el triunfo del socialismo a nivel mundial: "...nuestro objetivo es alcanzar un sistema socialista de sociedad el cual, mediante la eliminación de la división de la humanidad en clases y de toda explotación del hombre por el hombre y de una nación sobre otra, eliminará inevitablemente la misma posibilidad de la guerra";³⁶ d) La victoria del socialismo en un país no elimina de un golpe la guerra en general, sino que, por el contrario, la presupone. La guerra entre socialismo y capitalismo, como sistemas sociales, es inevitable; pero esto no significa necesariamente la guerra entre estados socialistas y estados capitalistas; e) El desarrollo desigual del capitalismo hace que el socialismo no pueda alcanzar la victoria simultáneamente en todos los países. El socialismo triunfará primeramente en algunos países, mientras que otros permanecerán siendo capitalistas por un tiempo, cuya duración variará de acuerdo con las circunstancias. Esto no sólo creará graves fricciones entre los dos sistemas sociales, sino también, en ocasiones, la intervención armada directa de países capitalistas para someter a los estados socialistas. En este caso, Lenin sostiene, la guerra conducida por el Estado socialista sería justa y legítima, ya que sería una guerra por la liberación de otras naciones de la opresión capitalista. En esta identificación de "guerra justa" con "guerra llevada a cabo por un Estado socialista" comienza a perfilarse un dilema al cual hubo de enfrentarse el nuevo gobierno revolucionario en Rusia, inmediatamente después de la revolución de 1917 y que ha sido una constante en la política exterior de la URSS y otros estados socialistas. El dilema consiste en la

³⁴ V.I. Lenin, **Obras escogidas**, ed. cit. p. 527.

³⁵ **Ibid** .p. 155.

³⁶ V.I. Lenin, **Between...**, **ob. cit.**, p. 194.

dificultad de armonizar los intereses del **Estado**, en un mundo de estados soberanos, con los intereses del **socialismo**, que no se identifican de manera necesaria, al menos de acuerdo con el marxismo "clásico", con ningún Estado en particular.

De las ideas previamente expuestas se desprenden otras divergencias entre las concepciones de Lenin y Clausewitz sobre la guerra y la política. La idea de una guerra "justa" o "injusta" no aparece en Clausewitz. Por otra parte, el autor alemán sostuvo que la política del Estado representa los intereses de la sociedad como un todo, sin tomar en cuenta su conexión con el enfrentamiento entre grupos sociales dentro de una misma nación. En consecuencia, a este nivel de análisis, Clausewitz entendió por "política" primeramente la política exterior del Estado, y en general no profundizó la estrecha relación que existe entre política doméstica y política exterior, entre las condiciones internas de la vida del Estado y la sociedad y su política hacia afuera. Para Lenin, por el contrario, la política exterior del Estado bajo el capitalismo es la política de la clase dominante en el Estado en cuestión. Lenin concibió la política como un factor de las relaciones entre clases, no solamente como la actividad de gobiernos o burocracias estatales. La política es la lucha de las diversas clases sociales por la preservación o derrocamiento de un determinado orden social. En esta línea de pensamiento, la política debe tener un carácter creador, y no ser meramente la manipulación de ciertos elementos de la realidad con objeto de conquistar el poder. La política socialista tiene como propósito la creación de un orden social en el cual la guerra no tenga cabida, a través de la supresión de la división de la sociedad en clases, y para los socialistas el problema central en el análisis de una guerra consiste en la determinación de su naturaleza sociopolítica. Comprender la naturaleza socio-política de una guerra significa establecer de qué forma los objetivos de la guerra se encuentran subordinados a los intereses políticos y económicos de las clases en conflicto.

La importancia de considerar las ideas de Lenin sobre la guerra reside en su tratamiento de los aspectos sociales, característicos de las guerras contemporáneas. Clausewitz percibió con gran lucidez las transformaciones que experimentaba la naturaleza de la guerra a medida que se ampliaba su dimensión social; no obstante, no logró ahondar en sus análisis de los aspectos sociopolíticos de los conflictos bélicos y concentró su atención en las cuestiones específicamente militares. En el caso de Lenin, por el contrario, se ponen de manifiesto en forma plena los impactantes cambios sociales, económicos y políticos acaecidos en Europa como resultado de expansión del sistema capitalista.

El estallido de la Primera Guerra Mundial señaló el inicio de profundas transformaciones históricas en la escena europea e internacional. La competencia capitalista había llevado a los principales poderes europeos a un enfrentamiento decisivo. La guerra presenta un desafío crucial a los partidos socialistas y al movimiento obrero del viejo continente. Lenin respondió al reto con un extraordinario despliegue de capacidad política: teóricamente, mediante un incisivo análisis de las causas de la guerra y de la actitud que los socialistas debían asumir ante la crisis; en términos prácticos, mediante una actividad organizativa y propagandista que culminó con la toma del poder por los bolcheviques en Rusia, en octubre de 1917. El nuevo período histórico, de

guerra generalizada entre Estados capitalistas y de insurgencia revolucionaria, encontró en Lenin uno de sus más destacados intérpretes.

El análisis que hizo el líder bolchevique sobre las causas de la Primera Guerra Mundial tiene gran validez. Las más recientes investigaciones sobre los verdaderos orígenes del conflicto, en especial la obra monumental del historiador alemán Fritz Fischer, **Los objetivos de Alemania en la Primera Guerra Mundial**,³⁷ han confirmado la tesis central de Lenin: la guerra de 1914-1918 fue, de ambos lados, una guerra imperialista; esto es, una guerra por el reparto del mundo, por la partición de las colonias y esferas de influencia entre las principales potencias del capitalismo mundial.

Esta tesis de Lenin ha sido en ocasiones calificada como simplista, al pretender reducir, en palabras de Klaus Knorr, "todas las motivaciones imperiales a una única causa, inherente en los inevitables requerimientos del imperialismo monopolista".³⁸ Knorr sostiene que: "Un estudio cuidadoso de la política exterior conducida por los grandes poderes de 1870 a 1914, sugiere que los estadistas en posición de liderazgo en etapas cruciales estaban primeramente interesados en lograr un relativo poder y seguridad nacionales"; desde luego que —continúa Knorr— "muchos de ellos estaban activos en el esfuerzo de extender los imperios coloniales... pero es imposible comprobar que sus consideraciones de poder estaban subordinadas a consideraciones de mercados e inversiones".³⁹ El problema está en que Knorr no define qué entiende por "poder y seguridad nacional", por lo tanto le es fácil no incluir el imperialismo expansionista entre los objetivos de poder de un Estado. Sin duda, esto no es más que un artificio semántico. Está claro que la adquisición de colonias y la ex-tensión de su influencia política y financiera eran caminos de poder y seguridad para los estados europeos de la época. El análisis de Lenin no intenta explicar los orígenes de la guerra con base en una causa única, sino por el contrario establecer el conjunto de factores —entre ellos la expansión imperialista— que contribuyeron a la crisis: "La prueba del

³⁷ F. Fischer, **Germany's Arms in the First World War** (London: Chatto & Windus 1967). Véase también, del mismo autor **World Power or Decline** (N.Y.: Norton, 1974).

³⁸ K. Knorr, **Power and Wealth** (London: MacMillan, 1973), p. 123

³⁹ *Ibid*

verdadero carácter social... de una guerra no se encontrará, claro está, en su historia diplomática, sino en el análisis de la situación objetiva de las clases dirigentes en todas las potencias beligerantes. Para reflejar esa situación objetiva no hay que tomar ejemplos y datos sueltos ...sino que es obligatorio tomar el conjunto de los datos sobre los fundamentos de la vida económica de todas las potencias beligerantes y del mundo entero"⁴⁰.

Es precisamente esta perspectiva de conjunto la que distingue la interpretación leninista de otras discusiones de los orígenes de la Primera Guerra Mundial, que sólo enfatizan aspectos de tipo diplomático o político, sin tomar en cuenta factores sociales y económicos. Tales análisis parciales conducen inevitablemente a concepciones unilaterales del proceso histórico, el cual es entendido como una mera sucesión de hechos azarosos, cuyas causas

permanecen oscuras e in-comprensibles para los hombres que actúan en la historia. Esta perspectiva está presente en la famosa frase de Lloyd George, Primer Ministro Británico durante la guerra: "las naciones se deslizaron sobre el abismo hacia el caldero hirviente de la guerra". Estos "análisis" no son privilegio exclusivo de políticos, como lo demuestra el siguiente párrafo extraído de la obra de un reputado historiador:

Los seres humanos no están dispuestos a creer que los grandes eventos tienen pequeñas causas. Por lo tanto, una vez que la Gran Guerra comenzó, se convencieron de que debía ser el resultado de fuerzas profundas. Es duro descubrir esto cuando se examinan los detalles. En ninguna parte hubo la determinación consciente de provocar la guerra. Los estadistas calcularon erróneamente... Los grandes ejércitos, acumulados para proveer seguridad y preservar la paz, llevaron a las naciones a la guerra por su propio peso.⁴¹

Estas frases revelan un interesante fenómeno: los resultados de la guerra fueron tan catastróficos, tan desproporcionados a cualquier objetivo racional que pudiesen tener los poderes en lucha, que se hace necesario confiar la explicación histórica a las fuerzas del azar, la casualidad, lo "irracional". Ciertamente, es posible que la **ocasión** para la guerra, el hecho de que estallase en ese preciso momento (en agosto de 1914), haya sido un conjunto de acontecimientos fortuitos como los que acompañan otros sucesos históricos. Sin embargo, el historiador tiene que preguntarse por qué las circunstancias entonces existentes permitieron que un pequeño detonante produjese una explosión tan gigantesca, y para lograrlo tiene que ir más allá de los documentos diplomáticos, a la economía, la sociedad y la política.

De acuerdo con Lenin, la Primera Guerra Mundial fue el producto del choque de los imperios británicos y francés, en alianza con Rusia, contra el emergente imperio alemán, que buscaba su "parte" en el negocio colonial y la extensión de su influencia en el continente europeo. La guerra era inevitable en tanto que los intereses de un poder en —Alemania— estaban en radical contradicción con el interés de los imperios británico y francés en preservar el *statu quo* en Europa y el mundo colonial. Lenin definió el imperialismo como "el capitalismo en la fase de desarrollo en que ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, ha adquirido señalada importancia la exportación de capitales, ha empezado el reparto del mundo por los *trusts* internacionales, y ha terminado el reparto de toda la Tierra entre los países capitalistas más importantes".⁴² Dicho de otra manera, las raíces del imperialismo se encuentran en el intento de las naciones capitalistas avanzadas de operar a escala mundial, en el desarrollo de los monopolios, y en

⁴⁰ V.I. Lenin, **Obras escogidas**, ed. cit. pp. 171-172.

⁴¹ A.J.P. Taylor, **The First World War: An Illustrated History** (London: Hamish Hamilton, 1963)p.36.

⁴² V.I. Lenin, **Obras escogidas**, ed. cit. p. 238.

las rivalidades nacionales entre estados con economías basadas en estructuras monopolistas. La confrontación de intereses antagónicos de estados capitalistas fue la fuerza motorizadora de la Primera Guerra Mundial.

La tesis de Lenin ha sido corroborada en detalle por los decisivos estudios históricos de Fritz Fischer. Fischer demuestra que Alemania se preparó para la guerra con objeto de establecerse como un gran poder, que pudiese ocupar su lugar junto a otros poderes mundiales que habían establecido sus posiciones antes de que Alemania hubiese alcanzado su unidad nacional. La idea de convertirse en gran poder fue transformada por los grupos dirigentes alemanes en un plan para la organización de una parte del mundo bajo su dominio, de forma que sirviese a los intereses económicos, políticos y estratégicos de Alemania. El gobierno alemán estaba preparado en 1914 a enfrentar el riesgo de guerra para conseguir sus propósitos, por lo cual empujó sistemáticamente a uno de sus aliados —Austria— a una guerra con Serbia, aun cuando estaba claro que tal enfrentamiento no podía permanecer limitado a una crisis local, y que seguramente conduciría a un conflicto global en toda Europa. Una vez que empezó la guerra, el gobierno alemán elaboró planes, que habían sido previamente discutidos, para la anexión de territorios y el establecimiento de una nueva jerarquización del orden internacional. Los objetivos mínimos que los líderes alemanes persiguieron durante la guerra fueron: la reducción del poderío francés mediante conquistas territoriales, el establecimiento del control político y económico en el largo plazo sobre Bélgica. La extensión del poder alemán hacia el Este bien mediante la anexión territorial directa o la creación de un Estado satélite alemán en Polonia, y el debilitamiento de Rusia a través del apoyo de movimientos subversivos internos. (Es importante recordar aquí que el gobierno alemán ayudó a Lenin a regresar a Rusia en 1917, en el famoso "tren sellado". Al mismo tiempo, Alemania crearía las bases de un nuevo imperio colonial mediante la adquisición de extensas áreas en Africa Central. Por otra parte, Fischer demuestra que éste plan expansionista tenía importantes similitudes con los programas de grupos capitalistas alemanes sobre el establecimiento de un nuevo sistema político y económico en el continente europeo, dominado por ese país.⁴³ Debe también tenerse en cuenta que objetivos semejantes existían en el campo anglo-francés, y esto se conoce desde 1918 cuando el nuevo gobierno revolucionario en Rusia publicó los tratados secretos entre el régimen zarista, Gran Bretaña y Francia. La mejor prueba de todo esto se encuentra en los términos de armisticio que los poderes victoriosos en la guerra impusieron sobre los vencidos en la nefasta paz de Versalles.

Ahora bien, la meta central de los poderes ya establecidos era preservar el *statu quo* e impedir el ascenso de Alemania. Con respecto a las posibilidades de expansión, la "Entente" de 1904 entre Gran Bretaña y

⁴³ Vease J. Joll, "The 1914 Debate Continúes", en H.W. Koeh (editor), **The Origins of the First World War** (London: MacMillan, 1972), p.p. 16-2,1.

Francia, y de 1907 entre Gran Bretaña y Rusia significaban la exclusión de Alemania de áreas de gran interés económico del mundo, en Egipto, Marruecos, Persia, Afganistán y Tíbet. Por otra parte, éstos acuerdos intrainperialistas también implicaban que la creciente capacidad industrial alemana iba a encontrar enormes dificultades en otras zonas geográficas, en las cuales los demás grandes poderes habían extendido considerablemente su influencia: Japón en Corea y China; los Estados Unidos en Cuba, las Filipinas, Puerto Rico, Panamá, México, Nicaragua y otros países latinoamericanos; Gran Bretaña en Sudafrica, India, y muchos otros lugares; Francia en el norte de África y Asia del sureste; y Rusia en el este y centro de Asia. Ante esta situación, los grupos dirigentes alemanes, en la economía y la política, respondieron con el concepto de "Mittel Europa"; esta idea expansionista establecía que el poderío alemán, que para 1912-13 parecía tener otros campos de proyección en el mundo, comenzaría a dirigirse hacia la hegemonía sobre el continente europeo. De acuerdo con el industrial alemán Walther Rathenau, uno de los más prominentes miembros del sector capitalista y amigo del Kaiser Guillermo II, el fortalecimiento de la posición alemana en Europa se había convertido en una cuestión de supervivencia. El poder de los estados civilizados depende de su capacidad económica, y Alemania no contaba con suficientes recursos naturales para su desarrollo; por esto, Alemania estaría sujeta a la "caridad del mercado mundial" en tanto no fuese capaz de controlar las materias primas y mercados necesarios para su progreso. Para lograr ese control, un requisito fundamental era la creación de un nuevo orden europeo bajo la hegemonía alemana, y la construcción de un nuevo imperio colonial en África Central.⁴⁴ Ideas como éstas constituyeron la base ideológica del esfuerzo de guerra alemán, y sembraron el germen de la inevitable confrontación con los demás poderes imperialistas europeos.

La política expansionista de Alemania fue también en buena parte el resultado de la crisis interna del viejo orden monárquico, y de la generalizada agudización de las luchas sociales y políticas en ese país. Los grupos dominantes comprendían que su sistema de control político estaba amenazado en sus cimientos por el crecimiento de los sectores republicanos y socialistas. La pesadilla de una crisis interna combinada a una derrota externa les convenció de que la guerra era la única solución a sus problemas. La salida imperialista fue así en parte el producto de una política doméstica, destinada a desviar la atención de las masas de los problemas sociales y políticos internos, y a enfocarla en el expansionismo exterior. De hecho, el efecto inmediato de la ruptura de las hostilidades fue la unificación interna de los diversos sectores sociales del país, y en este sentido las expectativas de los grupos dominantes se vieron justificadas. Sin embargo, el requisito clave para una estabilización en el largo plazo del orden existente, la victoria militar, no se produjo, lo cual trajo como consecuencia el colapso final de la monarquía y el precario nacimiento de la República de Weimar en 1918.

⁴⁴ *Ibid.* p. 122.

De esta compleja red de problemas se derivó el carácter a la vez inevitable e irracional de los objetivos de guerra alemanes y su derrumbamiento en la guerra. Por su parte, los grupos dominantes alemanes, temerosos de la crisis interna y obsesionados por conquistar para su país el estatus de un gran poder, vieron la guerra como la única posibilidad de salva-guardar sus intereses. Pero por otra parte estaba claro que esta guerra enfrentaría a Alemania contra una coalición de grandes poderes, y que a la larga sus desventajas políticas y militares se harían presentes con todo su peso. Este dilema se revela claramente en la actitud del Canciller alemán de la época, Bethmann-Hollweg, quien estaba convencido de que sólo la guerra unificaría internamente a Alemania, pero que estaba igualmente seguro de que "la guerra destruirá el mundo tal y como ahora lo conocemos". En las nuevas condiciones económicas, sociales, tecnológicas, políticas y militares, era claro que Alemania no podía contar con una guerra limitada —como las que tuvieron lugar en el siglo XVIII— para lograr sus objetivos. La guerra ahora iba a ser total. Luego de toda la propaganda nacionalista, de las masacres en los frentes de batalla, de los sacrificios de millones de soldados, ningún gobierno podía enfrentarse a su pueblo sin haber ganado. Era entonces necesario evitar a toda costa los signos de flaqueza y debilidad; a medida que aumentaban los sacrificios, se acrecentaba la necesidad de justificarlos. Finalmente, todos colocaron sus esperanzas en la victoria militar, en una guerra de desgaste cuyo precio para cada gobierno beligerante crecía mientras más largamente permanecía en el terreno de lucha; pero quedarse allí, no ser derrotado, significaba sobrevivir.

En julio de 1914, poco antes del inicio de la guerra, Bethmann-Hollweg declaró haber contemplado "un destino, superior a todo poder humano, cernirse sobre Europa y sobre nuestro propio pueblo". Es probable que otros estadistas hayan apelado a ese tipo de visiones para explicarse a sí mismos el significado de los procesos históricos. Sin embargo, en momentos de mayor serenidad, lejos de las presiones inmediatas del conflicto, Bethmann-Hollweg fue capaz de dilucidar los verdaderos orígenes de la guerra: "El imperialismo, el nacionalismo, y la competencia económica, que han gobernado la política de todos los países durante la pasada generación, estableciendo objetivos que sólo podían ser logrados por cada nación a costa de un enfrentamiento global". Estas líneas, escritas por quien fue uno de los principales participantes en el proceso, confirman con creces la validez del análisis hecho por Lenin. Pero si bien su discusión de los orígenes de la guerra es en sus aspectos fundamentales acertado, Lenin no previó que los resultados del conflicto permitirían el restablecimiento del capitalismo en los más avanzados países de Europa, y el surgimiento del socialismo exclusivamente en Rusia. De acuerdo con Lenin, el capitalismo había alcanzado su etapa final, y ninguno de los estados beligerantes debía recibir el apoyo de los trabajadores. En estas circunstancias, la revolución socialista estaba a la orden del día, y la confrontación de los poderes imperialistas le abriría el camino. El deber de los partidos socialistas y de los trabajadores eran entonces "convertir la guerra imperialista en una guerra civil" entre obreros y capitalistas. No obstante, y para su sorpresa, la clase obrera europea y la mayoría de los partidos integrantes de la 2a. Internacional Socialista, no respondieron al llamado de Lenin. Al final de la guerra, las estructuras del capitalismo en Europa fueron en gran parte

restablecidas, y los aliados victoriosos procedieron, poco después de su triunfo, a levantar un hostil "cordón sanitario" alrededor de las fronteras de la nueva Unión Soviética.

El nuevo poder soviético fue construido con base en los límites tradicionales de la nación-Estado, y a partir de ese momento las amenazas en contra del gobierno revolucionario fueron necesariamente identificados como amenazas dirigidas al Estado soviético. La creación del Ejército Rojo fue la respuesta del gobierno bolchevique tanto a los requerimientos inmediatos de la guerra civil como al peligro que representaba para un Estado socialista —el primero de todos— existir en un mundo de poderes capitalistas.

El aplazamiento, después de la Primera Guerra, de la revolución socialista mundial en que Lenin confiaba, y cuyo inicio debía haber sido presuntamente anunciado por la revolución en Alemania, introdujo profundos cambios en el proyecto socialista. El triunfo del socialismo implicaba para Lenin la progresiva desaparición del Estado, y esto a una escala mundial. Pero de hecho, la Unión Soviética se convirtió inicialmente en un Estado acosado y marginado en un mundo de estados capitalistas, y más tarde, luego de la Segunda Guerra Mundial, en un superpoder, miembro de un numeroso grupo de estados socialistas, en un mundo del cual el capitalismo no ha desaparecido ni parece estar en vías de hacerlo. ¿Qué ocurrió con el movimiento obrero durante la Primera Guerra Mundial? ¿Por qué se vieron frustradas las esperanzas de Lenin?

5

La idea de que las relaciones internacionales reflejan y son parte de la lucha de clases y sistemas sociales está en la base del pensamiento marxista sobre la guerra. Desde esta perspectiva, la actitud de los marxistas hacia la guerra debe determinarse, según Lenin, a partir de una definición de su carácter social. A partir de 1848, a medida que el socialismo comenzó a distinguirse claramente de la democracia liberal, los socialistas europeos dieron su apoyo a las guerras capaces de promover la causa revolucionaria. En este período del capitalismo pre-monopolista no existía aún la posibilidad concreta de una lucha revolucionaria global, en todos los países, contra la burguesía. Por esto, al definir su actitud hacia las guerras de la época, Marx y Engels apoyaron a aquellos beligerantes cuyos triunfos podían ser más útiles (o menos dañinos) a los intereses de la clase obrera. En segundo lugar, los fundadores del marxismo denunciaron consistentemente todas las formas de pacifismo que implican la creencia en una "comunidad natural de intereses", imposible en una sociedad dividida en clases. Finalmente, Marx y Engels comprendieron la potencialidad revolucionaria de las guerras como crisis que tienden a agudizar hasta un punto máximo las tensiones sociales y las contradicciones económicas inherentes al sistema capitalista.

Marx y Engels constantemente enfatizaron la dimensión internacional de la lucha por el socialismo. En su **Crítica del Programa de Gotha** de 1875, por ejemplo, Marx atacó duramente las "ilusiones pacifistas" del partido social demócrata alemán y su carencia de una perspectiva internacionalista: ¿A qué ha sido reducido el internacionalismo del partido de los trabajadores

alemanes? A la conciencia de que el resultado de sus esfuerzos será "la hermandad internacional de los pueblos", una frase tomada de la Liga burguesa de la "Paz y la Libertad" y que intenta convertirse en el equivalente a la hermandad internacional de los trabajadores en la lucha común contra las clases dominantes y sus gobiernos. Ni una palabra por lo tanto, sobre el **papel internacional de la clase obrera alemana**; ¡y es así como el partido socialdemócrata alemán trata de desafiar a su propia burguesía que ya está fraternalmente unida a la burguesía de todos los países...!⁴⁵ A todo lo largo de esta crítica puede percibirse que, para Marx, el "Programa de Gotha" no tendía hacia el socialismo, sino a la acomodación reformista del partido socialdemócrata con el Estado alemán y el capitalismo, y que este reformismo estaba íntimamente relacionado a la ausencia de una visión internacionalista de la lucha por el socialismo,

El dilema entre nacionalismo e internacionalismo no encontró una solución definitiva durante el período de la 1ª. Internacional Socialista (1864-1889) hasta fines del siglo XIX. La 2a. Internacional Socialista se enfrentó a un dilema semejante, sólo que más agudo, y desprovista del liderazgo teórico de Marx. Por una parte, los socialistas entendían que una guerra entre los grandes poderes, en caso de ocurrir, traería como consecuencia desastres y devastación en enorme escala, y que sería necesario adoptar ante el conflicto una posición sólida que fuese más allá de meras declaraciones de protesta. Por otra parte, el reconocimiento progresivo de los sindicatos obreros en los países europeos, y la paulatina acomodación de los partidos socialistas dentro de la estructura del Estado nacional burgués, complicaba la posibilidad de que estos partidos reaccionasen contra las arengas "nacionalistas" de los grupos dominantes en cada país. La tesis de que la guerra era el producto de las contradicciones sociales y económicas del capitalismo y que sólo desaparecería cuando el socialismo reemplazase al capitalismo como sistema mundial de organización de la sociedad, era aceptada por la totalidad del movimiento socialista europeo. Pero de esta premisa común no todos extraían iguales conclusiones. La 2a. Internacional representaba diferentes tendencias de opinión, que iban desde el pacifismo, en sus diversas variantes, hasta los promotores de la "huelga general contra la guerra", y aquellos que deseaban "salvaguardar el derecho de los trabajadores en la defensa de su propio país".⁴⁶

La confusión teórica imperante en la 2a. Internacional sobre los problemas del socialismo y la guerra no impidió a los grupos socialistas rusos, en especial los bolcheviques, que rescatasen la posición original marxista. Para Lenin, como para Marx, la defensa nacional en condiciones capitalistas era usualmente la defensa de los intereses de la clase dominante, y ésta debía

⁴⁵ Karl Marx, *Political Writings*, p. 350

⁴⁶ E.H. Carr, *The Bolshevik Revolution*, Vol. 3 (Harmondsworth: Penguin, 1973), pp. 549-550.

subordinarse al progreso de la revolución socialista. La derrota rusa a manos del Japón en 1905 dio origen al siguiente comentario de Lenin: "La derrota catastrófica de nuestro peor enemigo (la autocracia zarista) no sólo significa que la liberación de Rusia está más cerca, sino que también presagia un nuevo despertar revolucionario del proletariado europeo...",⁴⁷ Lenin, por lo tanto, no tenía dudas de que la derrota rusa favorecía la causa del socialismo en ese país y en el resto de Europa, y su diagnóstico pareció confirmarse con el estallido de la revolución en Rusia en 1905. Los socialistas europeos aceptaron en general que la derrota nacional rusa podía contribuir a la causa revolucionaria, pero no existía acuerdo en cuanto a la aplicación del mismo principio a otros países. Marx y Engels, y la mayoría de los socialistas hasta ese momento, habían asumido siempre que en caso de guerra entre países capitalistas, era necesario apoyar a aquel beligerante cuyo triunfo pudiese contribuir mayormente a la causa revolucionaria. Aun cuando los criterios de escogencia pudiesen ser dudosos en ciertas ocasiones, la idea de que tal escogencia podía y debía ser hecha era generalmente aceptada. De tal manera que la proclamación, por parte de Lenin y los bolcheviques, que el deber de los socialistas en tiempo de guerra era oponerse a sus gobiernos y clases dominantes nacionales sin excepción, significaba introducir un nuevo principio en el análisis marxista de las guerras. Este nuevo principio, que comenzó a esbozarse tempranamente en la obra de Lenin, correspondía a una etapa distinta del desarrollo capitalista a nivel mundial. Para Marx y Engels durante el siglo XIX fue aun posible diferenciar entre beligerantes "progresistas" o "reaccionarios", en términos de su contribución objetiva al cambio histórico en el contexto del capitalismo en ascenso. Para Lenin, en la guerra ruso-japonesa hubo todavía un beligerante "progresista" —Japón—, pero el análisis estaba ahora colocado en la revolución como una cuestión inmediata. En las nuevas condiciones del capitalismo imperialista la guerra mundial era el resultado de una crisis general del sistema capitalista, que ponía la revolución socialista a la orden del día. Ante tal situación, el deber de los socialistas era como expresaba Lenin, convertir la guerra imperialista en una guerra civil entre obreros y capitalistas de todos los países. Cuando el Congreso de la 2a. Internacional Socialista se reunió en Stuttgart, en 1907, el peligro de guerra comenzaba a manifestarse en toda Europa y a penetrar la conciencia de las masas. En esta atmósfera, la noción de la guerra como algo esencialmente contrario a los intereses de los trabajadores volvía a ganar ascendencia. En su resolución sobre "militarismo y los conflictos internacionales", el Congreso advirtió que, en vista de las diferentes opiniones de sus miembros, la Internacional no estaba en capacidad de dar respuestas definitivas respecto a las formas que debía adoptar la lucha política de los trabajadores. Sin embargo, la resolución final incluyó importantes pronunciamientos promovidos por la delegación rusa y referidos específicamente a las cuestiones de la lucha de clases y el socialismo en relación con el problema de la guerra entre estados capitalistas. De acuerdo con estas declaraciones, el deber de los partidos socialistas, en caso de que

⁴⁷ *Ibid.*, p. 550.

una guerra estallase, era utilizar la crisis política, social y económica creada por la guerra para acelerar la destrucción del capitalismo. Las exigencias de un nuevo período histórico del desarrollo capitalista —el imperialismo monopolista— planteaba a los socialistas el deber de oponer-se a todos los poderes en conflicto, ya que en las nuevas condiciones la guerra era el síntoma de una crisis general del sistema que abría la posibilidad de su sustitución inmediata.

La declaración de Stuttgart fue endosada por los congresos de la 2a. Internacional en Copenhague en 1910, y en Basilea en 1912, y la convicción aumentó de que los partidos socialistas europeos servirían o bien como instrumentos para impedir una guerra fratricida, o bien para utilizarla contra los poderes capitalistas que la causaron. Sin embargo, los documentos programáticos de la 2a. Internacional se convirtieron en meras abstracciones para la mayoría de sus miembros. El partido socialdemócrata alemán, el más grande y poderoso de los partidos socialistas europeos, no sólo no se opuso a la guerra que comenzó en agosto de 1914 sino que también apoyó casi unánimemente en el Parlamento los créditos de guerra exigidos por el Kaiser y su Estado Mayor militar. Lo mismo hicieron otros partidos socialistas de los países en guerra, con base en la distinción entre "guerras defensivas" y "guerras de agresión". Si los socialistas alemanes, sostenían los socialistas franceses, no podían impedir que su gobierno fuese a la guerra, entonces no quedaba otro camino para los socialistas franceses que contribuir a la defensa de Francia. Por otra parte, los socialistas alemanes argumentaban que la imposición de restricciones sobre el imperialismo alemán y el debilitamiento de su esfuerzo militar podía resultar en la conquista de Alemania por Rusia. De esta forma, en países capitalistas avanzados como Alemania, Francia y Gran Bretaña, donde la clase obrera había conquistado un relativo reconocimiento político y donde los partidos socialistas ocupaban un lugar influyente dentro de las estructuras del Estado burgués, el así llamado "reformismo obrero" y la propaganda nacionalista se sobrepusieron a la línea política de Lenin de acuerdo con la cual los intereses objetivos de la clase obrera europea no eran los mismos que los intereses de los estados capitalistas en conflicto. Para Lenin, la lección de la Primera Guerra Mundial no fue que no existía un interés común, compartido por los socialistas de todos los países, sino que la acción de las masas requería un liderazgo lúcido, capaz de discernir las tendencias históricas, de educar a los trabajadores en sus verdaderos intereses, y de conducirlos a la conquista del poder y al socialismo. No obstante, el fracaso de sus aspiraciones también revelaba grietas en el edificio teórico marxista.

En septiembre de 1914, Lenin definió su posición frente a la guerra en una serie de tesis leídas a un grupo bolchevique en Berna. En ellas el revolucionario ruso denunció la "traición al socialismo por parte de la mayoría de la 2a. Internacional" y demandó la difusión a todos los ejércitos en guerra de "propaganda por la revolución social, y por la necesidad de que empuñen sus armas no en contra de sus hermanos los esclavos asalariados de otros países,

sino en contra de los gobiernos y partidos burgueses y reaccionarios de todos los países".⁴⁸ Dos meses después, las tesis fueron reproducidas en un manifiesto en el cual Lenin proclamó la consigna de la "transformación de la presente guerra imperialista en una guerra civil". La Guerra Mundial fue descrita como un conflicto cuyo objeto era la división de dominios coloniales y zonas de influencia entre los poderes capitalistas, como una guerra que correspondía a la época en la cual el capitalismo había alcanzado la más alta fase de su desarrollo y las condiciones objetivas para la realización del socialismo habían madurado. La transformación de la guerra imperialista en guerra civil a través de la acción de las masas, conducidas por los partidos socialistas de Europa, era por consiguiente, de acuerdo con Lenin, el único objetivo verdaderamente revolucionario.

Lenin y otros socialistas europeos hicieron lo posible por clarificar el carácter social y político de la Primera Guerra Mundial, y para demostrar a los trabajadores de todas las naciones beligerantes que en condiciones de guerra imperialista, hablar sobre la "defensa de la patria" era un "engaño", ya que la guerra imperialista no es una guerra nacional, sino una guerra entre grupos capitalistas: "En una guerra genuinamente nacional las palabras "defensa de la patria" no son un engaño y los socialistas no nos oponemos a ellas. Tales guerras genuinamente nacionales y una guerra imperialista, disfrazada con engañosos eslogans nacionalistas".⁴⁹ No obstante, el conformismo de los partidos socialistas de la 2a Internacional derrumbó las posibilidades de una inmediata revolución socialista en Europa Occidental.

No es posible minimizar el impacto que la actitud de los líderes y organizaciones integrantes de la 2a. Internacional tuvo sobre Lenin. En su panfleto "El Colapso de la 2a. Internacional", publicado en septiembre de 1915, Lenin condenó esta tendencia "reaccionaria" en el seno del movimiento socialista, que rehusaba aceptar la consigna de la conversión de la guerra imperialista en una guerra civil y se prestaba a colaborar con la burguesía. De acuerdo con el análisis de Lenin, el "socialchovinismo" de la 2a. Internacional era lo mismo que el "oportunismo", es decir, significaba el sacrificio de los intereses fundamentales del socialismo en aras de los intereses de un grupo minoritario y privilegiado de la clase obrera. Lenin sostuvo que las raíces sociales del oportunismo de la 2a. Internacional se encontraban en este grupo privilegiado, "aburguesado", de trabajadores, en alianza con la pequeña burguesía, que obtenían las "migajas" del banquete capitalista.⁵⁰ El análisis leninista sobre el papel de la "aristocracia obrera" contiene serias dificultades, derivadas en especial del énfasis que daba Lenin a la tesis de una conexión directa entre: a) privilegio económico dentro del capitalismo; b) oportunismo ante la guerra; c) visión reformista, no-revolucionaria, del proceso de cambio social. La explicación ofrecida por Lenin en algunos de sus escritos no toma suficientemente en cuenta la importancia de factores distintos al económico, como por ejemplo, la influencia del nacionalismo y también el carácter

⁴⁸ Citado por Carr, *ob.cit.*, pp 556-557

⁴⁹ V.I. Lenin, **The Nascent Trend of imperialist Economism** (Moscow: Progress Publishers, 1969), pp. 36-40.

⁵⁰ V.I. Lenin, **The Collapse of the Second International** (Moscow: Progress Publishers, 1969), pp. 36-40.

burocrático de los partidos socialistas europeos. Los llamados de Lenin por la guerra civil y la revolución en el transcurso de la Primera Guerra Mundial no suscitaron la respuesta esperada en Europa Occidental, en países donde los partidos socialistas ya habían obtenido representación electoral para los trabajadores, mayores salarios y protección legal, y donde ya no se planteaba, como en Rusia, una táctica insurreccional para la conquista del poder. Lenin achacaba la culpa a una "élite" reaccionaria de trabajadores, pero perdía de vista factores estructurales que estaban cambiando la situación del movimiento obrero en el capitalismo, algunos de los cuales ya Engels había percibido años atrás, y que imponían una transformación de las fórmulas tácticas insurreccionales y la adopción de otras de naturaleza político-institucional y de más largo plazo.

De hecho, en las raíces del reformismo y el oportunismo de la 2a. Internacional se encuentra un problema crucial en la teoría marxista, y que adquirió una importancia vital a medida que el capitalismo se acercaba a una conflagración mundial: ¿De qué manera, en aquellos países capitalistas que combinan un aparato burocrático-militar con las instituciones del sufragio universal y de gobierno parlamentario, pueden la clase obrera y los sectores socialistas dar el paso de la política electoral y reformista a la política insurreccional y revolucionaria? Previamente he discutido algunos aspectos de este problema, que será tocado de nuevo en la sección siguiente de este ensayo. Baste con añadir ahora que la vía insurreccional hacia el poder se corresponde con un nivel de desarrollo tal de las estructuras capitalistas que la supresión del sistema no pueda ser obra de la acción consciente y organizada de las mayorías sociales de un país. Cambiar la revolución de la minoría en revolución de la mayoría exige un nivel de desarrollo alto, para que la mayor parte de la sociedad sienta la necesidad, y tenga la voluntad, de suprimir el sistema imperante. Por esto, las revoluciones socialistas que se han producido —en Rusia, China, Vietnam, Cuba, etc.— han tenido que adoptar en su camino hacia el poder una modalidad insurreccional que no cuadra con las realidades de países más avanzados. Además, esas revoluciones culminaron en modelos dictatoriales que no respondían a las aspiraciones de los trabajadores en gran parte del mundo capitalista.⁵¹ Lenin no fue lo suficientemente sensible a estas variantes, ni apreció la necesidad de que el movimiento obrero —sobre todo en los países industriales de Europa Occidental— se comprometiese, a fondo, con tácticas alternativas. Cuando Lenin regresó a Rusia en abril de 1917, la cuestión de la guerra y la paz estaba planteada con carácter de urgencia. Durante el período de abril a octubre de 1917 la actividad política bolchevique se basó en la idea de que la revolución socialista en Rusia, la conclusión de la Guerra Mundial con una "paz democrática", y la extensión de la revolución en toda Europa eran partes de un único e inexorable proceso de derrumbamiento del capitalismo. En un artículo de septiembre de 1917 Lenin se planteó la siguiente alternativa, asumiendo una toma del poder por los bolcheviques

⁵¹ Véase J.E. Garcés, *ob. cit.*, p. 34.

"Si lo menos probable llegase a ocurrir, es decir, si ningún Estado beligerante acepta ni siquiera un armisticio, entonces la guerra de nuestra parte se convertirá en una guerra realmente necesaria, realmente justa y defensiva... la guerra de nuestra parte será, no en palabras, sino de hecho, una guerra en alianza con los pueblos oprimidos de todo el mundo".⁵² El optimismo de Lenin sobre una exitosa guerra revolucionaria y su confianza en el progreso de la revolución europea le impidieron considerar en profundidad la posibilidad de que los Estados capitalistas en conflicto pudiesen rechazar una "paz democrática", y, además, ser capaces de dirigir su fuerza militar contra la revolución triunfante en Rusia. Trotsky formuló el dilema de esta manera: "Si los pueblos de Europa no se levantan y aplastan al imperialismo, nosotros seremos destruidos —esto está fuera de duda. O bien la Revolución Rusa levantará el viento de la lucha en Occidente, o bien los capitalistas de todos los países ahogarán nuestra lucha".⁵³ La revolución socialista no tuvo lugar en Europa Occidental, pero sin embargo, el nuevo poder socialista en la Unión Soviética logró sobrevivir. Esto último fue el resultado no sólo de las rivalidades entre países capitalistas, sino también de las múltiples tensiones sociales y políticas en esas naciones (Gran Bretaña, Alemania, Francia), que impidieron a sus gobiernos intervenir con todo su poder en Rusia y aplastar a los bolcheviques.

La Unión Soviética se convirtió así —por casi tres décadas— en el único Estado socialista de un mundo abrumadoramente controlado por los poderes capitalistas. Las consecuencias de este hecho, la creación por vez primera de un Estado socialista en un país del enorme potencial de la Unión Soviética, imprimieron una huella profunda en toda la historia de este siglo. Con la Revolución Rusa de 1917, los problemas del socialismo se añadieron a los problemas de las relaciones entre estados. Ésta ha sido una característica fundamental de la política, la guerra y el sistema internacional contemporáneo: las relaciones y el enfrentamiento entre estados han tenido lugar por décadas en el contexto de una lucha entre sistemas antagónicos de organización de la sociedad, de la economía, y de la política.

Quizás el más importante entre los muchos impredecibles efectos del triunfo y la supervivencia de la revolución bolchevique en Rusia fue el siguiente: la confrontación entre socialismo y capitalismo tomó una forma dual; el enfrentamiento entre clases sociales en diversos países y sus repercusiones internacionales, se unieron a la lucha entre la Unión Soviética y los países del campo capitalista. Según la visión original marxista, el socialismo triunfaría primeramente en los más avanzados países capitalistas. De hecho, en 1917 Rusia era el más atrasado —económica, social y políticamente— de los grandes estados europeos. La teoría marxista no había elaborado un conjunto coherente de principios para enfrentar una situación

⁵² Citado por Carr, *ob. cit.*, p. 19.

⁵³ *Ibid.*, p.29.

como ésta. Desde un primer momento, los líderes del nuevo gobierno revolucionario se enfrentaron al problema de reconciliar las necesidades concretas de la defensa del -Estado soviético, por un lado, y la promoción de los intereses de la revolución socialista mundial por otro.

El tratado de paz de Brest-Litovsk firmado en marzo de 1918, mediante el cual cesaron las hostilidades entre Rusia, ahora bajo control bolchevique, y Alemania, representó tangiblemente el dilema de las relaciones de la Rusia revolucionaria con el mundo; es decir, el dilema de una autoridad que aspiraba actuar al mismo tiempo como la fuerza impulsora de la revolución mundial pero sin embargo tenía que pensar en sus propios intereses como Estado. La actitud de Lenin fue clara: la conclusión de un tratado de paz con Alemania no significaba de ninguna manera el sacrificio de la lucha revolucionaria por el derrocamiento del gobierno alemán.

El problema no se planteaba en términos de sacrificar los intereses de la revolución en aras de los requerimientos defensivos del Estado soviético. El problema se planteaba en términos tácticos, no estratégicos: al aceptar las condiciones de paz del gobierno alemán, y al entregarles como botín de guerra territorios rusos, el gobierno revolucionario intentaba ganar tiempo para consolidarse, salvar la revolución en Rusia, y contribuir, paralela-mente, a la agudización de las crisis sociales y políticas en Europa.

Inicialmente, durante el período en que Lenin se encontraba a la cabeza del Estado soviético, la tarea de interrelacionar la defensa del nuevo Estado socialista y de promover simultáneamente el desarrollo de la revolución europea y mundial se trató de llevar a cabo en forma armónica. Lenin aplicó el principio de que las naciones tienen derecho a la autodeterminación, y de hecho aceptó la independencia de Finlandia —en ese momento dirigida por un gobierno antisocialista. Lenin justificó esta acción —que era contraria a los intereses de defensa de la URSS como **Estado**— con base en el derecho legítimo de los socialistas finlandeses de hacer su propia lucha, y de construir el socialismo en su propio país sin intervenciones extranjeras. Lenin también aceptó que la contraofensiva rusa hacia Varsovia en 1918, que lógicamente acentuó un legítimo nacionalismo entre los trabajadores polacos y afectó negativamente los intereses del socialismo en ese país, había sido un error. En otras palabras, durante el período "leninista" de la revolución rusa, hasta 1924 aproximadamente, los líderes soviéticos reconocieron las necesidades específicas de la defensa diplomática y militar del Estado socialista, sin por ello sacrificar los intereses generales de la promoción revolucionaria a escala mundial.

Ya en 1924, las expectativas de una rápida extensión de la revolución al resto de Europa, que estaban en la base del programa bolchevique, habían comenzado a frustrarse paulatinamente. Luego del fracaso revolucionario en Alemania, que contribuyó en forma decisiva a la estabilización del capitalismo, el gobierno soviético se enfrentó a un nuevo clima internacional. En febrero de 1924, los gobiernos de Italia y Gran Bretaña reconocieron diplomáticamente al gobierno ruso, y lo mismo hicieron otros países europeos. Una apariencia de estabilidad, tanto del mundo capitalista como del poder soviético, entró a formar parte del contexto político ante el cual los revolucionarios de 1917 se veían forzados a adoptar una clara actitud. Con el ascenso de Stalin al poder, una marcada transformación comenzó a producirse en la relación entre los dos

elementos componentes de la política exterior soviética: la promoción de la revolución mundial y la preservación de la seguridad nacional. Esta transformación significó, en breve, que el elemento **nacional**, referido a la defensa y consolidación del poder soviético, tomó prioridad sobre la acción del Estado ruso como promotor de la revolución socialista mundial. En teoría, el gobierno soviético no abandonó sus objetivos revolucionarios a largo plazo, pero en la práctica, no cabe duda que la adopción de una táctica defensiva a corto plazo significó que de ahora en adelante quedaba rota la armonía automática entre los intereses de defensa del Estado soviético y los intereses de la lucha revolucionaria a nivel mundial.

El triunfo del stalinismo en la Unión Soviética se debió no solo a las características internas de ese país previamente a la revolución: su atraso social, político y económico, que condujo a un esfuerzo radical de industrialización y colectivización forzada, y a una centralización total de las decisiones políticas. El stalinismo fue también el resultado de la derrota de la revolución socialista en el resto de Europa luego de la Primera Guerra Mundial. El Estado soviético, el único Estado socialista en el mundo, subordinó su política interna y su diplomacia exterior a los intereses inmediatos de seguridad de la Unión Soviética. La revolución mundial jugaba un papel, dentro de este nuevo orden de prioridades, en tanto pudiese contribuir a la realización de los objetivos inmediatos de supervivencia, seguridad, y progreso económico de la URSS. Es necesario insistir sobre este punto, pues su importancia es crucial para la comprensión correcta de la presente situación política mundial. La estabilización del capitalismo durante las dos décadas desde 1920 a 1940 fue una estabilización precaria y temporal. Éste fue un período lleno de graves crisis sociales, económicas y políticas en Europa y Estados Unidos. El resultado de estas crisis, entre las que se cuentan la huelga general en Gran Bretaña en 1926, la debacle financiera de 1929, y la Guerra Civil española, fue casi siempre contrario a los intereses del socialismo. Estos resultados fueron en gran parte el producto de las confusas y zigzagueantes políticas, subordinadas a los dictados de Moscú, de los movimientos socialistas de Occidente y de la adopción de tácticas erradas de lucha. La tesis del "socialismo en un solo país" fue la respuesta stalinista a la necesidad de luchar a toda costa por la supervivencia del Estado soviético en condiciones de estabilización del capitalismo. Hoy todos sabemos lo que significó el stalinismo: las purgas y deportaciones, la colectivización forzada de la agricultura, la concentración de los recursos en la industria pesada en detrimento de otras áreas de la economía, la supresión total de cualquier signo de democracia, la dogmatización del "marxismoleninismo", el aplastamiento de la libertad de expresión, etc. El origen de estos hechos se encuentran en parte en que el socialismo, que supuestamente debía haber triunfado en los países capitalistas avanzados, alcanzó su primera victoria en Rusia que era, en 1917, el más atrasado de los grandes estados capitalistas, el "eslabón más débil" de la cadena imperialista mundial. Todas las expectativas de Lenin sobre la desaparición progresiva del Estado quedaron reducidas a cenizas. Igualmente la Primera Guerra Mundial echó por tierra la ingenua ilusión del marxismo clásico según la cual los trabajadores "no tienen patria".

Las consideraciones previas aportan una serie de elementos para el análisis del problema de la naturaleza de las relaciones internacionales en la teoría marxista, asunto íntimamente vinculado al de la idea de la política en

Marx, Engels y Lenin, y a la militarización del marxismo en nuestro siglo. Abordaré este tema en la sección final del presente ensayo, donde trataré de reunir los distintos aspectos del mismo y arribar a conclusiones. Pero antes, creo de interés discutir brevemente las ideas de dos de los más relevantes teóricos del marxismo en nuestros días

—aparte, claro está, del propio Lenin— con el propósito de precisar aún más las líneas centrales de mi argumentación

6

He sostenido en estas páginas que en la obra teórica de Lenin, así como en su praxis política, se produce un proceso de militarización del marxismo, caracterizado, en primer lugar, por la relevancia que adquieren en sus análisis las categorías militares; en segundo lugar, por su identificación —a veces sutil, otras veces abierta— de lucha política con guerra militar; y en tercer lugar, por su vocación de conducir la confrontación revolucionaria a un punto de violencia

máxima de naturaleza insurreccional, que desemboca en la guerra civil y la imposición de la "dictadura del proletariado".

A pesar de la reivindicación de sus tesis por el éxito de la insurrección bolchevique en 1917, el propio Lenin no era ciego ante las limitaciones de una táctica que si bien había salido airosa en las condiciones entonces imperantes en Rusia, podía no dar iguales resultados en otros países con una estructura social, un nivel de desarrollo económico, y un aparato institucional diferentes. En los países avanzados de Occidente, el marco sobre el cual tenía que diseñarse la estrategia y tácticas del movimiento obrero presentaba aspectos que exigían respuestas específicas, que se adaptasen a esas circunstancias; y no obstante el prestigio del pensamiento leninista y la influencia que el bolchevismo ruso empezó a adquirir en el movimiento obrero europeo, muy pronto, en los años veinte, surgió en Italia en la pluma del gran teórico marxista Antonio Gramsci, una perspectiva teórica que fundamenta una táctica distinta a la propuesta por Lenin para la toma del poder Gramsci comenzaba por constatar, en una carta de 1924, que

En Europa Central y Occidental, el desarrollo del capitalismo origina no sólo la formación de amplias capas proletarias, sino también, y en consecuencia, de un estrato superior, la aristocracia obrera, con su cortejo de sindicalistas burócratas y de socialdemócratas. El entusiasmo que, bien canalizado en Rusia, lanzaba a las masas a la calle con vigor revolucionario, se ha trabado en Europa Central y Occidental dentro de las superestructuras políticas ligadas a un más elevado grado de desarrollo capitalista, haciendo más lenta y más prudente la acción de las masas, y exigiendo del partido revolucionario **toda una estrategia y una táctica a largo plazo, infinitamente más complejas** que las que fueron necesarias a los bolcheviques...⁵⁴

⁵⁴ Citado por María Antonietta Macciocchi, **Pour Gramsci** (París: Du Seuil, 1975), pp.85-86.

En vista de las dificultades que hallaba la lucha revolucionaria en Occidente, era indispensable modificar la visión táctica, y entender que el proceso de maduración de un cambio hacia el socialismo sería más complejo y lento, y requeriría una verdadera "revolución en las mentalidades" en los niveles "superestructurales" (ideología, cultura política, creencias, instituciones y prácticas ciudadanas). Sin ello, aun las crisis económicas más graves no tendrían incidencia sobre el campo político (referido al poder del Estado) y serían superadas por la burguesía. Así lo explicaba Gramsci en un informe al Comité Central del Partido Comunista Italiano en 1926: "En los países capitalistas avanzados, la clase dominante tiene recursos políticos y organizacionales que no poseía, por ejemplo, en Rusia. Esto quiere decir que aun las crisis económicas más graves no tienen repercusión inmediata en el dominio político. La política está siempre retardada... con respecto a la economía. El aparato del Estado es mucho más resistente de lo que usualmente se cree, y en períodos de crisis logra aglutinar mayor número de fuerzas fieles al régimen de lo que la profundidad de la crisis permitiría suponer".⁵⁵

En la tradición leninista, pero con originalidad y, quizás, implicaciones no del todo percibidas por el propio autor, Gramsci presentó su nueva opción en términos de transitar, en Occidente, desde una "guerra de movimientos" (táctica insurreccional bolchevique) a una "guerra de posiciones", con un **carácter diferente al afrontamiento directo** contra el aparato estatal de la burguesía. En el estudio de la distinción hecha por Gramsci entre estos dos tipos de guerra hay que tomar en cuenta —como un factor a la vez limitante y creativo_ el carácter fragmentario e inconcluso de su obra, escrita casi toda en la cárcel y bajo severísimas condiciones. Ello le impidió a Gramsci profundizar en las implicaciones de la "guerra de posiciones" como táctica concreta, de naturaleza político-institucional, pero sus ideas, a veces en fragmentos, abrieron sin duda nuevos canales a la teoría marxista, que sólo fueron recuperados más tarde por el movimiento socialista en países como Francia, Italia y Venezuela.⁵⁶

Según Gramsci, debía tenerse cuidado al comparar la lucha política con la guerra (militar) pues "el dispositivo político... no es comparable al despliegue de fuerzas militares", y "la lucha política es un fenómeno mucho más complejo". Una "fijación mental" sobre el modelo militar constituye un serio error; la política "debe tener prioridad sobre los aspectos militares, y sólo la política crea la posibilidad para la maniobra y el movimiento".⁵⁷ La necesidad de una "guerra de posiciones" para los países avanzados de Occidente la fundamenta Gramsci en que, en estos últimos, la "sociedad civil" se ha convertido en una estructura muy compleja, capaz de resistir las más graves explosiones en el terreno económico. Gramsci distingue metodológicamente entre "sociedad política" (el

⁵⁵ *Ibid.*, p.89

⁵⁶ En este sentido, se destaca el proceso de división del Partido Comunista Venezolano y el nacimiento del "Movimiento al Socialismo" en los años 70, cuyas tesis programáticas asumen una vía político-institucional en cuya formación los propios líderes de ese partido no ocultaron la raigambre "gramsciana".

⁵⁷ A. Gramsci, *Prison Notebooks*, *ob. cit.*, pp. 229, 232.

aparato de Estado propiamente dicho) y sociedad civil (que incluye en particular toda la red de organizaciones sociales y los valores predominantes): "Las superestructuras de la sociedad civil —escribe Gramsci— son como los sistemas de trincheras de la guerra moderna. En la guerra a veces ocurre que un fogoso ataque de artillería parecería destruir todo el sistema de defensas del enemigo, mientras que de hecho sólo destruye sus perímetros exteriores. Así, en el momento del avance los atacantes se encuentran con una línea defensiva que aún funciona". En Rusia, "El Estado era todo, la sociedad civil era gelatinosa y débil"; en Occidente, en cambio, hay una relación apropiada entre Estado y sociedad civil, y "cuando el Estado tiembla se revela de inmediato una sólida estructura en la sociedad civil". El Estado es sólo "una trinchera exterior, detrás de la cual se levanta un poderoso sistema de fortalezas".⁵⁸ Este "sistema" no puede ser conquistado a través de una insurrección, mediante un ataque frontal y directo.

Resulta muy interesante constatar que, para Gramsci, después de la Primera Guerra Mundial se había abierto un período de predominio (en el arte militar) de la guerra de posiciones sobre la guerra de movimientos y maniobra: "en las guerras entre los estados más avanzados social e industrialmente, la guerra de maniobra debe considerarse reducida a cumplir una función más bien de carácter táctico que estratégico".⁵⁹ En realidad, en esa época (años 20), hombres como Fuller y Liddell Hart en Gran Bretaña, y posteriormente Guderian y De Gaulle, entre otros, en Alemania y Francia, estaban desarrollando las tesis de lo que luego sería la "Blitzkrieg" hitleriana, que impuso el predominio de la "guerra de movimientos" sobre la de posiciones entre las más adelantadas naciones del mundo.⁶⁰ No obstante, en lo que se refería a las luchas políticas dentro de los estados capitalistas (y utilizando la palabra "guerra" en un sentido metafórico, sin implicar necesariamente un enfrentamiento armado), Gramsci reivindicaba la guerra de posiciones, "que requiere grandes sacrificios por parte de las mayorías sociales. Por ello exige un alto grado de cohesión (...pero) en política, el triunfo en la guerra de posiciones significa la victoria definitiva".⁶¹ A mi modo de ver, Gramsci no se equivocaba al sostener que el Estado moderno y su ejército no pueden ser derribados por la acción de comandos extraoficiales, y que la insurrección —al estilo de la practicada por Lenin y los bolcheviques— no puede repetirse en otras circunstancias.

El mismo carácter inacabado de las tesis de Gramsci ha dado origen a muy diversas interpretaciones de su pensamiento, una de las cuales podría calificarse de ultraizquierdista, pues niega absolutamente que la idea de una "guerra de posiciones" debe interpretarse como una vía política que conduzca a través de reformas graduales, de carácter más o menos estructural, a la transformación progresiva de las estructuras, manteniendo al mismo tiempo al

⁵⁸ *Ibid.*, pp.235,238.

⁵⁹ *Ibid.*, p.235.

⁶⁰ A este respecto, puede verse mi libro *Líderes en guerra: Hitler, Stalin, Churchill, De Gaulle* (Madrid: Editorial Tecnos, 1979), pp. 15-35.

⁶¹ Citado por M.A. Macciocchi, *ob. cit.*, p. 93.

país bajo la dictadura de la burguesía".⁶² Pero, si la tesis de la "guerra de posiciones" no implica la adopción de una táctica político-institucional, no basada en la destrucción violenta del aparato estatal "burgués" como en la "guerra de movimientos insurreccional, ¿qué significa entonces? El propio lenguaje radicalizado de los que sostienen este punto de vista revela la vaciedad de sus concepciones, pues carece de sentido, al referirse a un Estado "democrático-burgués" como los existentes en Europa Occidental, hablar de "dictadura de la burguesía", y equiparar así a estos regímenes liberales con esquemas de carácter netamente autoritario como los que existen, por ejemplo, en varios países de América Latina. En este asunto, como en tantos otros, el terrorismo verbal sólo sirve para confundir y ocultar las realidades.

Según Salvatori, otro intérprete radical, las ideas de Gramsci sobre la mayor resistencia de la sociedad civil y el Estado en Occidente, están "ligadas a la convicción según la cual, para destruir el aparato de dominación de la clase dirigente... es necesario disponer, en Occidente, de una reserva de fuerzas a la vez diferente y más tarde... la vía indicada por Gramsci va en el sentido de la acumulación, en el seno de las masas, de un potencial de conciencia revolucionaria a la vez más desarrollado, más amplio y más radical".⁶³ ¿Añaden algo estas frases a nuestra comprensión de Gramsci?, ¿hay en ellas algo más que malabarismo verbal? Para los propios marxistas, el rescate de la originalidad de Gramsci es esencial, y nada obtienen con reducir sus tesis a un leninismo de nuevo cuño, cuya única diferencia con el anterior estaría en el uso de otras palabras para decir las mismas cosas.

También en la concepción del partido revolucionario Gramsci tomó distancia respecto a Lenin. En un ataque contra las ideas de Bordiga, otro dirigente del Partido Comunista Italiano, Gramsci decía que "El Partido es para Bordiga... una unión de marxistas ortodoxos que se encarga de indicar el camino de su emancipación a la clase obrera. Sólo sus integrantes pueden formular un programa, una estrategia, una táctica verdaderamente revolucionaria: tarde o temprano las masas harán de ese programa y de ese partido su boya de salvamento, su guía, y le seguirán al paso". Gramsci combatía la idea de que al partido se le invistiese con una función de síntesis y dirección definida a priori, y que en la práctica sustituye a las masas. ¿Pero es que acaso las tesis de Bordiga atacadas por Gramsci no reproducen, en su espíritu y propósito fundamentales, la concepción leninista del partido? En mi opinión, sobre esto no cabe duda, y hace falta estar ciegos para no percibir el carácter elitescos, centralizado y antidemocrático de la visión del partido político en Lenin. Gramsci, por otra parte, enfatizaba los "lazos con las masas" del partido; y sus ideas en torno a la "hegemonía" en una sociedad compleja, sobre la sociedad civil, sobre la función de la cultura política y los valores predominantes en la sociedad, etc., todas apuntan hacia un movimiento político mucho más abierto y orgánicamente ligado a las masas que al partido leninista.

⁶² Esta visión "ultraizquierdista" del pensamiento de Gramsci es sostenida por María A. Macchiocchi en su obra ya varias veces citada. Ver pp. 101-102.

⁶³ *Ibid.*, p. 102.

Si bien Gramsci no llegó a especificar en detalle lo que significaba, en términos prácticos, su "guerra de posiciones", creo que no se hace una injusticia a su pensamiento si se le toma, al menos en algunos de sus aspectos, como basamento para una táctica no-insurreccional dentro del marxismo, en la lucha por el poder del Estado. Esta línea de acción, en lugar de empujar al movimiento popular hacia la guerra abierta y directa con el sistema imperante, busca reducir —por sí mismo o mediante un juego de alianzas— a los sectores conservadores a una situación de aislamiento sociopolítico y militar que les impida recurrir a la guerra, pues allí las ventajas estarían a su favor. Se trata entonces, al contrario de lo que ocurre con la insurrección armada, de una táctica indirecta que evite el conflicto violento y la ruptura de los mecanismos sociales de coexistencia e identificación colectiva: "Para hacer posible —escribe Garcés— que las armas de fuego... resuelvan los antagonismos sociales, es precisa la subversión de estos mecanismos de ordenación y regulación social, abriendo el paso al enfrentamiento directo. Situación esta última en la que puede desembocar la vía político-institucional en la medida que sean destruidos o desvirtuados los mecanismos con que cuenta la sociedad para evitar su desintegración".⁶⁴ Fue esto exactamente lo que ocurrió en Chile entre 1971 y 1973, a pesar de todos los esfuerzos para impedirlo, y con terribles consecuencias para ese país. En Chile se trató por primera vez de experimentar una vía político-institucional, no-insurreccional, al socialismo, y su fracaso se debió, más que a la oposición de sus adversarios naturales, a los errores políticos, la división interna, y el radicalismo de los sectores extremistas de la Unidad Popular.

Hay también diferencias profundas entre los presupuestos sociopolíticos que posibilitan la táctica insurreccional, de un lado, y la guerra popular, de otro lado, como lo demuestran los casos de la revolución bolchevique en 1917 y de la revolución china entre 1934 y 1949. El principal conductor de este último proceso, Mao Tse Tung, ha sido, después de Lenin, el teórico marxista de mayor trascendencia en nuestro tiempo, sobre todo en el mundo subdesarrollado. Con Mao, la militarización de la idea de política en el marxismo se profundiza, y la teoría de la guerra se convierte en la columna vertebral del movimiento revolucionario. La guerra es el punto decisivo del enfrentamiento de clases, el hecho culminante de la revolución; es una guerra absoluta, que se origina en una **enemistad absoluta**: "Hay quienes se ríen de nosotros —escribe Mao— como partidarios de la 'teoría de la omnipotencia de la guerra'. Sí, somos partidarios de la teoría de la omnipotencia de la guerra revolucionaria; eso no es malo; es bueno; es marxista. Los fusiles de los comunistas rusos crearon el socialismo...".⁶⁵

En los países capitalistas avanzados, plantea Mao, "la tarea del partido del proletariado... consiste en educar a los obreros, acumular fuerzas a través de un largo período de lucha legal, y prepararse así para el derrocamiento final

⁶⁴ J.E.Garcés, **ob.cit.**,p.43

⁶⁵ Mao Tse Tung, "Problemas de la guerra y de la estrategia", en **Obras escogidas** (Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1968), Tomo II, p. 231.

del capitalismo... La guerra que quieren emprender dichos partidos no es otra que la **guerra civil** para la cual se están preparando..." (Destacado A.R.). No obstante, el caso de China y en general de los países "subdesarrollados" es diferente, pues se trata de naciones de estructura predominantemente agraria, que no conocen las prácticas de la democracia burguesa, donde no es posible recorrer un largo trecho de lucha legal, y que "sufren la opresión imperialista". Por esto, "En China, la forma principal de lucha es la guerra, y la forma principal de organización, el ejército. Todas las demás formas... son también muy importantes... pero el objetivo de todas ellas es servir a la guerra".⁶⁶ Según Mao, el socialismo tiene que nacer de una victoria militar. En su obra **Sobre la guerra prolongada**, en el capítulo titulado "Guerra y política", Mao cita el aforismo de Clausewitz: "La guerra es la continuación de la política por otros medios"; y luego comenta: "Cuando la política llega a cierta etapa de su desarrollo, más allá de la cual no puede proseguir por los medios habituales, estalla la guerra para barrer el obstáculo en el camino". Mao asimila la guerra a la política, y concluye que "se puede decir que la **política es guerra sin derramamiento de sangre, en tanto que la guerra es política con derramamiento de sangre**".⁶⁷

La guerra revolucionaria se convierte para Mao en el acto supremo de la política, en un conflicto absoluto donde sólo puede haber compromisos pasajeros pero jamás verdadera coexistencia con el adversario, pues el propósito final de la lucha es aniquilarlo: la victoria tiene que ser total. El objetivo último de este triunfo definitivo, sin ambigüedades, es "la paz perdurable en el mundo entero". Mao repite las esperanzas de los profetas de la guerra total (que siempre aspiran a la paz eterna): Una vez que la humanidad haya eliminado el capitalismo entrará en la era de la paz perdurable... El hombre ya no volverá a ver la guerra por los siglos de los siglos".⁶⁸ En otra parte, Mao reafirma que: "La guerra, ese monstruo de matanza entre los hombres, será finalmente eliminada... en un futuro no muy lejano. Pero sólo hay un medio para eliminarla: oponer la guerra a la guerra... Con nuestras propias manos pondremos fin a la época de las guerras en la historia de la humanidad ...".⁶⁹

Estas frases de Mao se asemejan a las que pronunciara Lenin sobre la extinción final del Estado y su sustitución por la mera administración de las cosas. En Mao, no sólo la concepción de la revolución se convierte en una "teoría de la omnipotencia de la guerra", sino que se sostiene que sólo mediante la guerra se logrará la paz perpetua. Por lo tanto, la guerra revolucionaria es lo mismo que la política revolucionaria, la cubre toda, y la violencia por enorme que sea está plenamente justificada en función de ese fin superior: la paz eterna. Desde luego, esa eternidad debe conquistarse a través de un enemigo que se redefine constantemente, en vista de la permanencia de

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 225-227

⁶⁷ Mao Tse Tung, "Sobre la guerra prolongada", en *Ibid.*, p 157

⁶⁸ *Ibid.*, p. 153.

⁶⁹ Mao Tse Tung, "Problemas estratégicos de la guerra revolucionaria de China" en **Obras escogidas**, ed. cit., Tomo I, p. 197.

la guerra aun entre países socialistas. Por otra parte, el fin de las guerras significa también el fin de la política, pues del orden social perfecto desaparecerá el conflicto. Con Mao, el proceso contemporáneo de militarización del marxismo llega a una etapa definitiva. Con razón comenta Arriagada que "esta visión apocalíptica de la guerra (...es) una escatología mesiánica en que la guerra será el acto decisivo con que advenirá el tiempo perfecto".⁷⁰ Esta noción, de una serie de guerras de aniquilación, hasta un punto final y culminante, contra un enemigo absoluto, distancia radicalmente al marxismo de la tradición clausewitziana. Esta última se separa de la utopía, y busca la limitación de la guerra, porque entiende la inevitable imperfección de la política.

7

La militarización del marxismo que se produce en Lenin y Mao (y, en menor medida, en Gramsci a través del uso de categorías "bélicas"), tiene varios tipos de efectos, que interesa distinguir. En primer lugar, la idea misma de política, que se fundamenta en un equilibrio entre el conflicto y la conciliación, la lucha y el consenso, sufre un proceso de **simplificación**, que sustituye la gran complejidad de las relaciones sociales por una elemental relación de hostilidad o enemistad absoluta entre clases. En segundo lugar, esa militarización conceptual y sus correlatos organizativos relegan a un lugar subalterno las tácticas políticas que no se basan en una primacía de la violencia, y que intentan vías político-institucionales de transformación social, las cuales son calificadas de "reformistas". Por último, si se toman en cuenta las pretensiones universalistas del marxismo, es decir, su voluntad de guiar una revolución mundial, que haga desaparecer el capitalismo, y construya sobre sus cimientos un orden nuevo del cual desaparecerá el Estado, un orden que homogeneizará (al menos en este sentido) a las naciones; repito, si se unen tales propósitos universalistas a las concepciones sobre la guerra en Lenin y sus seguidores, se concluye inevitablemente que, según estas tesis, la paz es imposible hasta tanto no se llegue a ese momento de perfección final.

Previamente, se mostró que la mera existencia de las relaciones internacionales crea dificultades para el marxismo. Si las guerras se originan en la lucha de clases, y si esta lucha revela el papel determinante de las clases explotadoras, todas las guerras entre poderes capitalistas son, por definición, injustas, en particular las que aquellos realizan contra poderes socialistas. ¿Pero qué ocurre con las guerras que hacen estos últimos?, las guerras de la URSS (cuando todavía existía), China Popular, etc.? ¿son todas ellas justas?, ¿y si se enfrentan entre sí, como lo hicieron China y Vietnam? Las complicaciones que se derivan de esta realidad empírica, y de las polémicas ideológicas que la rodean, van más a fondo, y muestran hasta qué punto las relaciones internacionales constituyen un problema para el marxismo.

⁷⁰ G. Arriagada, *ob. cit.*, p.44

En efecto, los principales pensadores marxistas han postulado la unidad total de la humanidad como el ideal último del socialismo, y han argumentado igualmente que el capitalismo origina las guerras. Lo que no queda demostrado es que sólo el Estado capitalista hace posible la diversidad exterior, y tampoco queda demostrada la imposibilidad de conflictos internacionales en un hipotético mundo postcapitalista.⁷¹ En otras palabras, ¿es visualizado el comunismo (etapa superior de desarrollo humano, según el marxismo) como una sociedad plenamente unificada del género humano, o como una sociedad donde aún existe la diversidad entre grupos, bien sea en forma no-antagónica? Esta pregunta tiene sentido, dentro del propósito central de este ensayo, pues si el ideal último implica esa unidad, las exigencias de una paz posible son mucho más graves, y se plantea que haya guerras aun entre países socialistas en aras del logro de ese "milenio" de la humanidad. No es difícil extraer de esta proposición teórica —como de hecho ocurrió con la "doctrina" Brezhnev en los años 70 y 80— una postura intervencionista por medio de la cual un poder socialista (en este caso, la URSS) se tomaba el derecho de atacar otras naciones en nombre de los "intereses del socialismo".

Aun los más destacados pensadores marxistas han encontrado difícil el tratamiento del problema de las nacionalidades, su gran diversidad y sus distintos grados de desarrollo. En Marx y Engels hay una constante vacilación entre, por un lado, un ideal final en términos de la unidad completa del género humano, y, por otro lado, una meta intermedia concebida como la convivencia no-antagónica entre múltiples naciones distintas. Esta vacilación era inevitable una vez que la teoría entraba en contacto con la realidad. Lenin, por su parte, sostenía el fin último de una "amalgamación eventual de todas las naciones", y al mismo tiempo declaraba su apoyo por "el absoluto y directo reconocimiento del derecho de todas las naciones a la autodeterminación", e igualmente su creencia en la "completa igualdad de todas las naciones".⁷² A pesar de la defensa de estos principios, opino, siguiendo a Berki, que subsiste en el marxismo clásico una posición de **sospecha ante la diversidad** que, aplicada al campo de las relaciones internacionales, complica extraordinariamente los horizontes de la doctrina.⁷³ ¿Cómo lograr esa unidad total? ¿Será el producto de la lucha de cada nación por su "liberación", o podrán unas naciones "llevar" esa "libertad" a otras? ¿Traerá la eliminación del capitalismo y del Estado como tal la supresión de las guerras? ¿Qué conflictos podrían generarse entre naciones socialistas? ¿El desarrollo desigual del socialismo en distintos países, no traería nuevas formas de competencia y subordinación?

Si bien las anteriores preguntas lucen abstractas y poco relevantes en la práctica, son, sin embargo, de interés para apuntar hacia lo que, a mi modo de ver, constituye uno de los más grandes peligros de marxismo, y en particular del leninismo, como teoría de la historia: la combinación de un ideal supremo,

⁷¹ Véase a este respecto el artículo de R.N. Berki, "On Marxian Thought and the Problem of International Relations", **World Politics**, Vol. 24, 1971-72, pp. 80-105

⁷² Citado por Berki, art. cit., p. 90.

⁷³ Véase **Ibid.**, p. 97.

de perfección casi inalcanzable, con una visión militarizada de la política que enfatiza la lucha y la violencia, y desprecia las libertades "formales". Desde esta perspectiva, dirigida hacia un absoluto de paz, democracia perfecta, unidad total, seguridad plena, sólo la eliminación o neutralización de un adversario siempre percibido como **enemigo** —a través de un ciclo creciente de violencia— posibilita la conquista del ideal: Hasta que no se llegue a ese punto no puede haber paz, pues ésta no se define como equilibrio sino como la creación de un orden perfecto en el que aun las nacionalidades tienden a desaparecer. De allí que la ausencia de guerra, según Lenin, no sea la paz, sino tan sólo una tregua en un combate sin fin.

A lo largo de la historia, las pretensiones universales, si no son enfrentadas con resolución con base en una idea de equilibrio, siempre conducen a enfrentamientos cada vez más agudos, a la desintegración del orden internacional, y a su dominación por un solo poder. Por ello, en política importa tanto la lucha por un ideal como el control del fanatismo y la limitación de los propósitos. Sólo es posible una paz concebida como proporción y equilibrio, no como uniformidad y victoria total. La seguridad la da el equilibrio, no la eliminación ficticia de la lucha. Y el orden político, finalmente, siempre estará sujeto a una mayor perfectibilidad, porque los hombres no somos dioses, y, como decía Camus, nuestro reino es "todo entero de este mundo". En él, y con base en las limitaciones de nuestra condición, debemos construir una precaria paz.